

ACTAS

ACTAS

ACTAS

PRIMER  
CONGRESO  
DE HISTORIA  
DE ZAMORA

TOMO 2

PREHISTORIA - MUNDO ANTIGUO



PRIMER CONGRESO DE HISTORIA  
DE ZAMORA



PRIMER CONGRESO DE HISTORIA  
DE ZAMORA

TOMO II


PREHISTORIA E HISTORIA ANTIGUA

INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS «FLORIAN DE OCAMPO»  
DIPUTACION DE ZAMORA

1990

ISBN: 84-86873-13-4. Obra Completa  
ISBN: 84-86873-14-2. Tomo II  
Depósito Legal: S. 733 - 1989

Fotocomposición:

 Fotocomposición Láser, s.l. Ronda del Corpus, 38  
Teléf. 21 15 43 - Fax 27 07 33 - 37002 Salamanca

Imprime:

HERALDO DE ZAMORA  
Santa Clara, 25  
Teléf. 53 17 22 - Zamora

# PREHISTORIA





PONENCIAS



# La Edad del Hierro en Zamora

*Angel Esparza Arroyo*

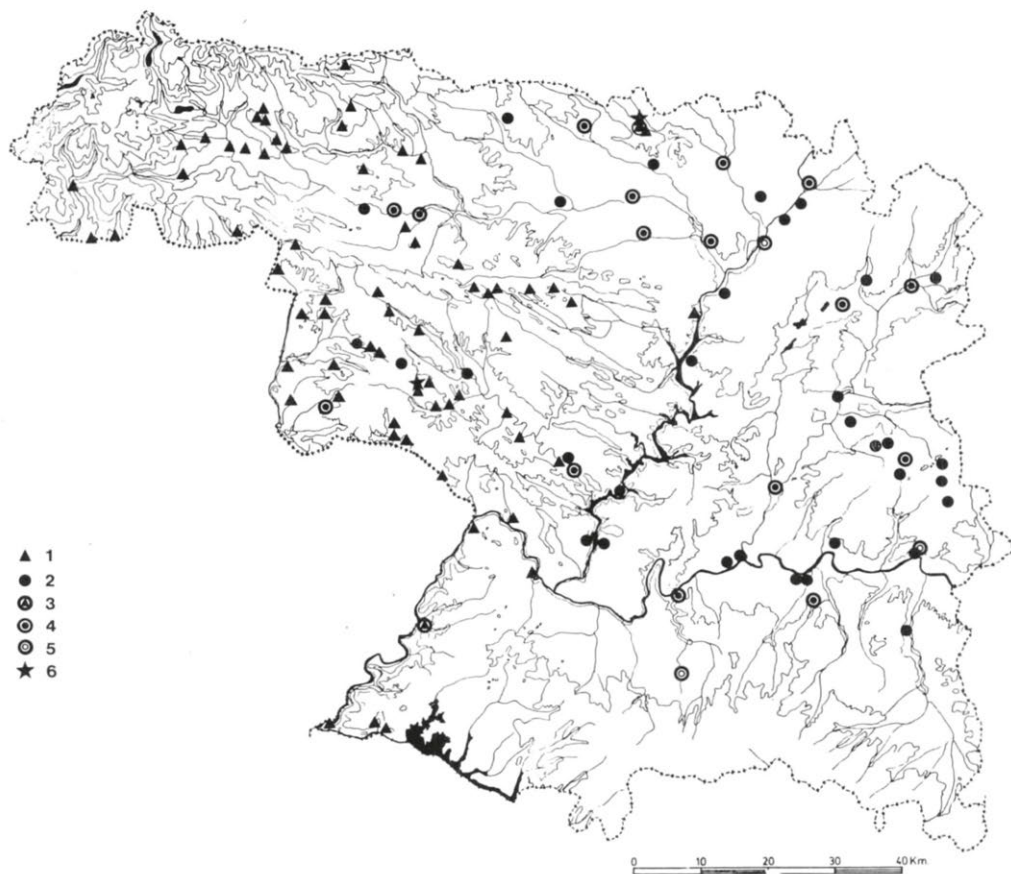
La reciente publicación de un trabajo de conjunto<sup>1</sup> sobre los castros de una buena parte de la provincia hace difícil –e injustificado– el intento de presentar un resumen o síntesis, que sería siempre insuficiente. Tratamos de presentar en esta ocasión una somera caracterización de la época, insistiendo especialmente en algunas novedades aparecidas después de la redacción del libro, en los principales problemas que quedan pendientes y los caminos que se abren para nuevas investigaciones.

## I. LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

Nuestra visión de la Edad del Hierro sigue estando muy condicionada por las condiciones naturales de las diferentes zonas de la provincia: la accesibilidad, la vegetación natural y, sobre todo, el tipo de aprovechamiento agrícola de unas y otras, han repercutido de forma clara en la cantidad y calidad de la información disponible.

Año tras año, iban surgiendo en la Tierra de Campos o del Pan, e incluso al Sur del Duero, nuevos yacimientos cuya vinculación al grupo del Soto de Medinilla era instantánea, por la abundancia y claridad de los materiales recogidos en superficie. En cambio, allende el Esla se multiplicaban los castros, bastante homogéneos en cuanto a su emplazamiento y arquitectura defensiva... pero que no proporcionaban ningún material, fuera de algunos fragmentos cerámicos tan gastados que apenas podían describirse. De este modo, se iban delimitando dos mundos muy distintos, tal vez coetáneos, el de Soto y el Castreño. Poco a poco, sin embargo, fueron apareciendo yacimientos del Soto al otro lado del Esla, aproximándose a ese mundo castreño, que parecía ser amenazado por la expansión de una cultura típica de las llanuras sedimentarias. Sólo en los últimos años se ha podido comprobar, gracias a prospecciones y excavaciones, que no se trata de ámbitos contradictorios: cada vez que un castro ha entregado cerámicas mínimamente reconocibles, éstas han correspondido al Soto, como hemos podido comprobar en Muga de Alba, en Fradellos, en

<sup>1</sup> ESPARZA, 1986.



MAPA 1. Yacimientos zamoranos de la Edad de Hierro: 1) Castros. 2) Yacimientos con materiales afines al Soto de Medinilla. 3) Castros con cerámica de Soto y celtibérica. 5) Cerámicas celtibéricas y otras del Hierro Pleno. 6) Atesoramientos de joyas celtibéricas.

Sejas de Aliste, en San Vitero, sobre todo en Gallegos del Campo, también en Cubo de Benavente, Fresno de la Carballeda, Sagallos y Manzanal de Abajo. Naturalmente, algunos de los castros, por ejemplo los de las cumbres de la Sierra de la Culebra, o el propio de Arrabalde, deben de ser más tardíos, pudiendo haber sido fundados por los herederos de la tradición del Soto en los últimos momentos de la Edad del Hierro, seguramente en relación con el proceso de la conquista romana de la Meseta...

Quedan todavía dos zonas en las que debe hacerse un gran esfuerzo: la Sanabria, cuyos castros continúan siendo parcos en hallazgos, presenta problemas específicos, como los del presumible contacto con los castros orensanos. Sobre todo el Sayago, donde conocemos muy pocos yacimientos y menos materiales, aunque algunos fragmentos cerámicos del castro de Fariza que parecen corresponder también al Soto, nos sugieren la integración de esta zona en los problemas generales.

La emergencia de los poblados de la Primera Edad del Hierro debió de producirse en el siglo VI, problema que después afrontaremos. Su relación con el grupo del Soto es innegable, y la homogeneidad de los elementos culturales parece indicar que no hay demasiado desfase temporal entre las comarcas orientales y las que se hallan al otro lado del Esla. Es cierto que en las primeras hay una variedad en cuanto al tipo de emplazamiento que todavía no tiene explicación, pero que se observa igualmente en el Duero Medio: en unos casos parecen estaciones totalmente abiertas, pero en otros se buscan emplazamientos defensivos; y, aunque no se puede afirmar rotundamente, todos ellos pudieron haber contado con murallas, no sabemos si terreras o de adobes y empalizadas, cuestión que conviene comprobar mediante excavaciones, pues a pesar de las reiteradas labores agrícolas tal vez subsistan, como en la propia estación epónima. Al otro lado del Esla, y claramente alineados en los valles fluviales, se documentan poblados análogos, ahora ya en emplazamientos defensivos, sin excepción; en algunos de ellos –Camarzana, Carbajales de Alba, Brime de Urz, San Pedro de la Viña– creemos que hay indicios suficientes como para asegurar la existencia de defensas artificiales. Y más al oeste, extendiéndose por las comarcas de Alba, Aliste y Carballeda, los poblados cuentan siempre con muralla: de ahí la denominación de *castros* que tal vez acabe extendiéndose a la totalidad de los yacimientos de las otras comarcas, si se efectúa la comprobación antes sugerida. Además de la muralla, de mampostería en seco, bien organizada, la arquitectura militar comporta frecuentemente la presencia de uno o dos fosos y de alguna barrera de piedras hincadas.

Los castros con esta última modalidad defensiva han cambiado mucho en los últimos diez años: no sólo porque su número se haya multiplicado por cinco –sorprendentemente, en las montañas leonesas sigue sin conocerse ninguno– sino sobre todo porque su datación, salvo algunas excepciones –Lubián, por ejemplo–, se ha visto elevada hasta alcanzar prácticamente la de los sorianos, arraigados unos y otros en la misma tradición cultural.

No hay otras novedades en lo que respecta a la arquitectura defensiva, aunque debe reseñarse el interesante caso de Manzanal de Abajo<sup>2</sup> –uno de los últimos con piedras hincadas– donde no sabemos si habrá tiempo para continuar excavando para esclarecer un problema importante, cual es la interpretación de los agujeros de poste y otros restos muy próximos a la muralla que indicarían, bien una ocupación inmediatamente anterior a la erección de la defensa de piedra que se ha conservado, o bien la existencia de construcciones de madera anejas a dicha defensa, un camino de ronda, por ejemplo.

<sup>2</sup> Las informaciones sobre este yacimiento nos han sido amablemente facilitadas por J. del Val y M.ª C. Escribano, directores de las campañas de excavaciones efectuadas en 1986 y en 1987-88, respectivamente.

No se conoce suficientemente la arquitectura doméstica de todos estos poblados, incluidos los castros. A decir verdad, hasta hace poco apenas contábamos con algún levísimo indicio: así, observando un corte en San Mamés (Villalpando) intuíamos el empleo del adobe en la construcción de viviendas, que podíamos suponer circulares, como las del Soto de Medinilla. Las excavaciones realizadas últimamente en Camarzana<sup>3</sup> y Manzanal de Abajo han supuesto un verdadero salto adelante en la investigación, habiéndose comprobado, en efecto, el empleo de la planta circular. En Camarzana se han detectado cuatro, superpuestas, con paredes de adobe, y la más antigua tiene un zócalo de gruesos cantos rodados. Aunque no se han encontrado bancos corridos o revestimientos pintados, su relación con el Soto es bien clara, como indican las cerámicas halladas. Lo mismo puede decirse de la estructura de Manzanal, en este caso realizada en piedra, al menos en unas cuantas hiladas, pudiendo haberse alzado después a base de tapial, adobe o incluso ramaje revestido de barro. La existencia de esos fundamentos de piedra se observa en otras estaciones del mismo grupo, como son los castros leoneses de Sacaosjos<sup>4</sup> y Pedredo<sup>5</sup>.

La semejanza global entre todas estas viviendas del horizonte Soto parece corresponder a una tradición constructiva compartida, y las diferencias en cuanto a materiales empleados, estarían en relación con las características locales: esa «petrificación» de la parte baja se explicaría por la abundancia de piedra en el propio solar de Manzanal o de Pedredo, y el canturreal existente en el de Camarzana justificaría la variante aquí documentada. Pero todavía habrá que tomar en cuenta posibles diferencias funcionales para explicar toda la variada gama de soluciones observada en este grupo cultural, donde sorprende el contraste entre las plantas redondas del Soto<sup>6</sup> y las rectangulares o trapezoidales de Medina del Campo<sup>7</sup> que parecen tan próximas en el espacio y en el tiempo; o las diferencias entre construcciones hechas a base de adobes y aquellas otras, como las del Soto I o Roa<sup>8</sup> donde predominan los postes que debieron de soportar un entramado vegetal. Tampoco se deben descartar las variaciones de índole cronológica: en la superposición de Camarzana, lo mismo que en la de Sacaosjos, vemos que las casas con cimentación de piedra son las más antiguas, por lo que tenemos la impresión de que hay un progreso técnico, un dominio de la particular arquitectura en adobe, que hace innecesario recurrir a aquel basamento.

Por el momento, no se conocen otros edificios seguros en los castros zamoranos, si se exceptúan las viviendas de Lubián –correspondientes a un horizonte mucho más moderno, del siglo III a.C.– y Arrabalde. La planta detectada en Lubián, rectangular con esquinas redondeadas, es semejante a la de una de las viviendas del mencionado poblado de la Mota en Medina de Rioseco<sup>9</sup>, y ello llevaría a considerar, como mera sugerencia, una relación genética que habría que contrastar con nuevos hallazgos. En Arrabalde, en cambio, tal vez nos encontramos ante conjuntos de habitaciones, en definitiva ante viviendas de capacidad más importante, como parece corresponder a los últimos tiempos de la Edad de Hierro, bien documentados en la Corona de Corporales<sup>10</sup>.

En el equipamiento de los poblados del Primer Hierro, destacamos algunos elementos repetidamente comprobados o especialmente seguros. Así, los molinos, siempre barquiformes, o los punzones sobre metápodos, y los mangos de hueso que debieron de servir para cuchillos y punzones de hierro; las pesas de telar, de barro o líticas, con una o dos perforaciones; sobre todo,

<sup>3</sup> CAMPANO Y DEL VAL, 1986, p. 30.

<sup>4</sup> VON DEN DRIESCH Y BOESSNECK, 1980, p. 125.

<sup>5</sup> MAÑANES, 1977, pp. 324-326 y lám. I, 3.

<sup>6</sup> *Vid.* sobre las cabañas del Soto de Medinilla y su grupo ROMERO CARNICERO, 1984b, pp. 192 ss.

<sup>7</sup> GARCÍA ALONSO Y URTEAGA, 1985, pp. 126, 128 y 130.

<sup>8</sup> SACRISTÁN, 1986a, pp. 58-59 y 61.

<sup>9</sup> GARCÍA ALONSO Y URTEAGA, 1985, p. 128.

<sup>10</sup> SÁNCHEZ PALENCIA Y FERNÁNDEZ-POSSE, 1985.

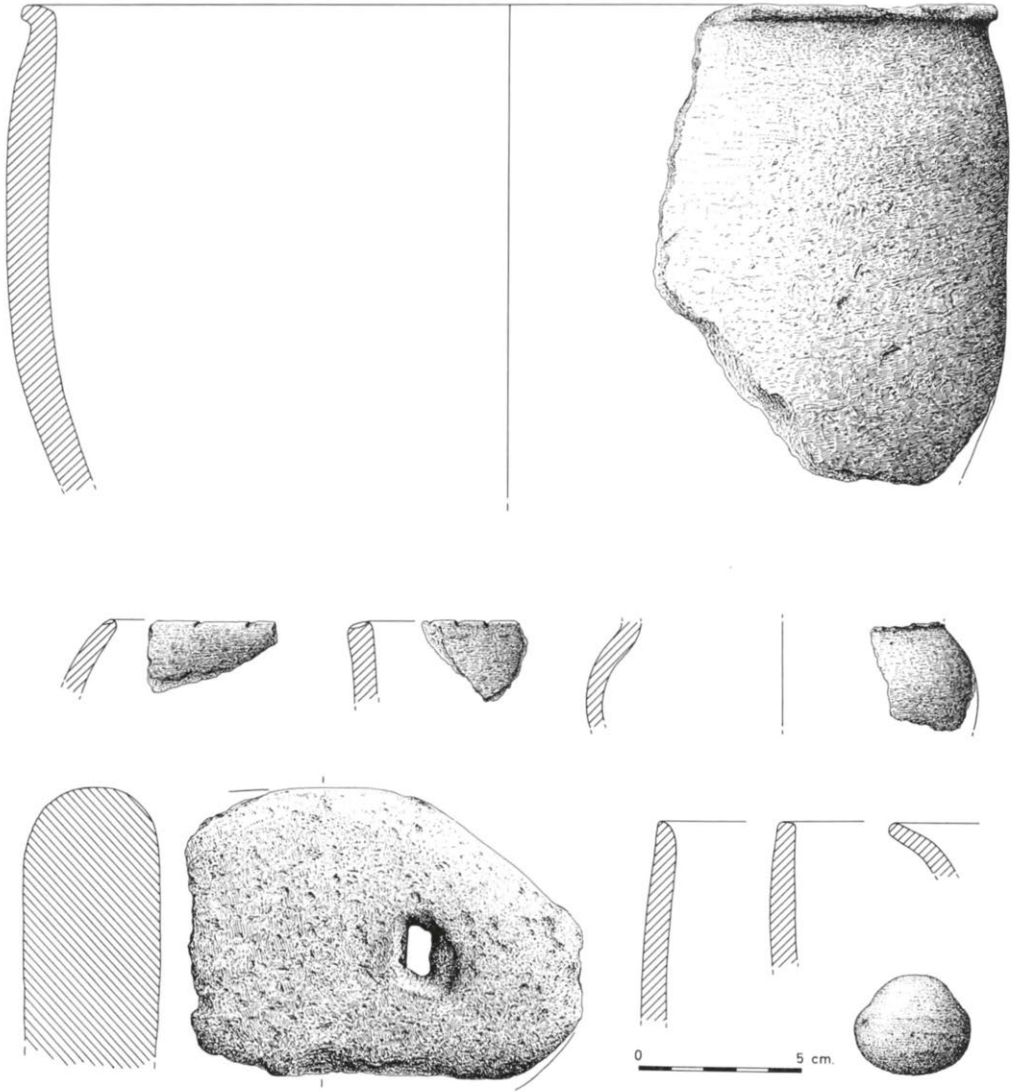


FIG. 1. *Cerámicas y pesa de telar lítica del Castro de San Martín (Manzanal del Barco).*

las cerámicas, cuyo catálogo de formas y repertorio decorativo son los habituales en el Soto: los fragmentos obtenidos en Bamba, Abezames, Revellinos o Villalpando son indistinguibles de los que se recogen, por ejemplo, en los yacimientos vallisoletanos<sup>11</sup>. Pero los pies anulares, con o sin molduras, los platos o tapaderas con bordes engrosados interiormente, los bordes en «T» o los de gruesa pestaña, por no citar los vasos decorados con triángulos incisos colgados del borde, o las series de impresiones digitales, o los bordes dentados... aparecen igualmente en los yacimientos occidentales, aunque con muchas dificultades para su obtención.

Entre las cerámicas decoradas, destacamos las especies pintadas, aunque su representación sea muy débil: sólo hemos podido documentar un fragmento, y ya en un castro del distrito de Bragança, muy próximo a la frontera, pero parece haber otros ejemplares en Bretó, en la ribera izquierda del Esla<sup>12</sup>. Sobre algunos fragmentos cerámicos de Bamba y Carrascal quedan algunas partículas rojizas, acaso correspondientes a esta clase de pintura aplicada después de la cocción, poco resistente, típica del llamado «grupo Meseta» y fechable en dos siglos VI y V<sup>13</sup>. Esperamos con gran interés la publicación de las cerámicas pintadas obtenidas en La Aldehuela, a las afueras de la capital, correspondientes acaso a un momento algo anterior.

Por su rareza, merecen ser citados los fragmentos con decoración bruñida externa. Uno de ellos, estratificado en una de las catas del castro de Sejas de Aliste, puede ser llevado a los siglos V-IV. Tras revisar distintas producciones peninsulares hemos creído poderlo encuadrar dentro de la tradición de Campos de Urnas, a la que pertenecerían escasísimos fragmentos comparables hallados en Vinarragell y Ecce Homo. Teniendo en cuenta la existencia de incisión bruñida en otros fragmentos, y sobre todo el aspecto que ofrecen algunos de los espatulados meramente técnicos, no ornamentales, de cerámicas del Soto, creemos que estas decoraciones bruñidas pueden guardar también una especial relación con este grupo cultural. Un fragmento hallado en Simancas, que hemos reinterpretado, no es todavía prueba segura, que debemos aguardar en otros yacimientos de tipo Soto.

Las actividades metalúrgicas son apenas conocidas, y sólo en las comarcas occidentales, en las que abundan los veneros de cobre y estaño, y también el hierro. Dada la presencia de vestigios de tales actividades en los poblados asentados en las llanuras sedimentarias<sup>14</sup> donde no existe ningún afloramiento de minerales, hemos sospechado el papel abastecedor desempeñado por estos castros occidentales, en los que se documenta la existencia de crisoles.

En cuanto a objetos metálicos, han aparecido ahora fíbulas de doble resorte en los castros de Camarzana<sup>15</sup> y Milles de la Polvorosa<sup>16</sup>, que vienen a unirse a las de Medina del Campo<sup>17</sup> y Roa<sup>18</sup>. Los ejemplares zamoranos, de sección plana, deben de ir a los siglos VI-V, fecha seguramente aplicable también para el brazalet en omega que ha sido hallado en el mismo castro de Camarzana, y que cabría considerar como pieza de inspiración sureña. Hay otras, en cambio, enraizadas en la metalurgia atlántica, como el caldero remachado al que debe de corresponder el fragmento de La Mazada, caldero que no desentona en un contexto de la Primera Edad del Hierro; por

<sup>11</sup> Vid. sobre estos paralelismos ROMERO CARNICERO, 1980, pp. 141-151; IDEM, 1984c, pp. 52-54.

<sup>12</sup> DE CELIS, 1986, nota 24 (La Mota de Bretó). En este trabajo se mencionan dos fragmentos de escudillas de Benavente que también ostentan restos de pintura roja (*Ibidem*, pp. 47 y 51).

<sup>13</sup> Vid. ROMERO CARNICERO, 1984a, p. 74; IDEM, 1984c, pp. 48, 56 y 58.

<sup>14</sup> Por ejemplo, los de Revellinos (MARTÍN VALLS Y DELIBES, 1977, fig. 4, 4), en Zamora, por no citar los del propio Soto de Medinilla y Valoria la Buena, en Valladolid (IDEM, 1978a, pp. 224 y 227-228).

<sup>15</sup> CAMPANO Y DEL VAL, 1986, pp. 31 y 33 (foto).

<sup>16</sup> Agradezco el dato a M.<sup>a</sup> C. Escribano, que ha realizado una excavación de urgencia en el castro de La Magdalena, en relación con la instalación en él de un repetidor de televisión. En el yacimiento hay restos medievales, pero también celtibéricos y del Primer Hierro, que hasta el presente no se habían conseguido documentar.

<sup>17</sup> GARCÍA ALONSO Y URTEAGA, 1985, p. 132 y fig. 18, 9; p. 79 y fig. 15.

<sup>18</sup> SACRISTÁN, 1986a, p. 67 y lám. X, 11.



último, un colgante con esquematización antropomorfa recogido en ese mismo castro alitano tiene muy claros antecedentes en focos europeos de Campos de Urnas, y guarda relación con piezas del poblado PIIIb de Cortes de Navarra.

En general, puede afirmarse que los materiales obtenidos en unos y otros yacimientos apuntan con bastante claridad a los siglos VI-IV. Estos primeros tiempos son reconocibles con bastante claridad a partir de ciertos elementos asegurados en otras zonas, como las del centro de la Cuenca. Después, la homogeneidad en la que hemos insistido se irá diluyendo. En unos casos, quizá por el alejamiento geográfico y temporal respecto a la primera instalación, como podría ocurrir con los castros sanabreses. Sobre todo, cuando nuevos influjos culturales meseteños incidan con fuerza desigual en unas y otras comarcas zamoranas. Como luego veremos, es posible defender en toda Zamora la existencia de un Soto prolongado, evolucionado localmente, que conocerá algunas innovaciones procedentes de Cogotas II y, más tarde determinados «influjos celtibéricos». Entre los elementos aportados por el proceso celtiberizador se cuentan el torno o el molino giratorio, que no llegarán a las zonas occidentales.

De este modo, y como rasgos del arcaísmo que caracteriza a estas zonas occidentales, podremos mencionar la persistencia de los molinos barquiformes, no ya hasta el final de la Edad del Hierro, sino incluso hasta el siglo I de la Era, como se ha comprobado en la Corona y el Castro de Corporales, respectivamente<sup>19</sup>. Igualmente, las cerámicas seguirán siendo realizadas a mano —o, para evitar problemas, sin la ayuda del torno rápido— hasta la dominación romana, y se fabricarán en piedra, y no en barro, las fusayolas y las pesas de telar. Si hubiéramos de atenernos a estos elementos para realizar un encuadre cultural y cronológico, seguramente mantendríamos para estas zonas occidentales la etiqueta de «Primera Edad del Hierro» hasta el momento mismo de la conquista. Sólo los oscuros indicios de actividades siderúrgicas justifican la referencia al Hierro Pleno.

## II. PROBLEMAS PENDIENTES.

La ubicación cronológica de los primeros establecimientos de la Edad del Hierro en la zona zamorana —y, en el fondo, la propia explicación de su proceso de aparición— guarda estrecha relación con problemas mucho más amplios de nuestra investigación prehistórica, en los que pueden verse tendencias contrapuestas: si —dado que partimos de la secuencia vigente— tenemos que arrancar del momento final de Cogotas I, éste parece irse rebajando; en cambio, el estudio de los no escasos objetos metálicos tipológicamente asignables al final de la Edad del Bronce podría empujar hacia arriba la cronología inicial del grupo del Soto de Medinilla. Abordemos ambas cuestiones, para buscar después algún apoyo en las dataciones radiométricas.

### a) *El ocaso de Cogotas I.*

El límite final de Cogotas I ha sido situado, a la vista de las fechas proporcionadas por el C-14 y de unas cuantas asociaciones con elementos metálicos, a mediados del siglo IX<sup>20</sup> pudiéndose llegar hasta el 800 a.C.<sup>21</sup>. No obstante, se ha sugerido también la posibilidad de una mayor duración, al menos en algunas zonas. Así, en el borde oriental de la Meseta, donde Ruiz Zapatero sitúa hacia el 700 el contacto entre las primeras gentes de Campos de Urnas del Valle del Ebro y los

<sup>19</sup> SÁNCHEZ-PALENCIA y FERNÁNDEZ-POSSE, 1985, pp. 108 y 270. Respecto a la cerámica, *vid.* pp. 97 y 268.

<sup>20</sup> *Vid.*, por ejemplo DELIBES y FERNÁNDEZ MANZANO, 1983, p. 51.

<sup>21</sup> FERNÁNDEZ-POSSE, 1986, pp. 484-485; FERNÁNDEZ MANZANO, 1986, p. 146. Esta fecha fue sugerida también para el Valle del Ebro por HERNÁNDEZ VERA, 1982, p. 51.

residuos de Cogotas I<sup>22</sup>. Sus argumentos, que derivan de una vieja propuesta de Molina y Arteaga<sup>23</sup> han sido apurados por Jimeno y Fernández Moreno, que aportan nuevos indicios de tal simbiosis<sup>24</sup>, haciéndose eco además de la argumentación de Delibes y Fernández-Miranda, quienes no ha mucho propugnaban también una fecha cercana al 700 para el borde SW de la Meseta, donde el final de Cogotas I –Carpio Bernardo, El Berrueco y Sanchorreja I– sería sincrónico de El Redal<sup>25</sup>. El contacto entre lo que anteriormente se denominaba «hallstático» y el final de Cogotas I en este sector había sido apuntado tiempo atrás, aunque sin precisiones cronológicas<sup>26</sup>. Por otro lado, para esa misma zona del SW de la región, y a partir de sus excavaciones en Sanchorreja, González-Tablas se ha manifestado partidario de traspasar los límites del s. VIII, marcando para Cogotas I una fecha final en torno al 650 a.C.<sup>27</sup>.

En la revisión de la bibliografía relativa a este problema puede advertirse reiteradamente la utilización de expresiones como «perduración de *elementos*», «supervivencia de las técnicas decorativas», desaparición de Cogotas I «como cultura», etc.<sup>28</sup>, con las que, en general, parece estarse aludiendo a un proceso de desintegración tan lento y multiforme como lo fuera el de la propia formación de Cogotas I<sup>29</sup>.

En el área zamorana se han obtenido pocos hallazgos relacionados con estos problemas. Si tal ausencia hubiese sido real –y no una impresión provisional, ligada a la escasez de prospecciones–, el origen del poblamiento de la Edad del Hierro presentaría menores dificultades. Pero, como cabía esperar, la paulatina aparición de vestigios de Cogotas I viene a complicarnos la situación.

Hasta muy recientemente, en efecto, parecía no haber la más mínima coincidencia, no ya estratigráfica, sino incluso espacial, entre Cogotas I y los yacimientos tipo Soto, de donde parecía colegirse la distancia temporal entre ambas culturas. Más aún, la rotunda separación entre las estaciones de estas dos categorías en las cercanías de Pinilla de Toro venía a constituir un buen argumento en tal sentido<sup>30</sup>. Y Pinilla de Toro no es un caso aislado en la región: conocemos otros similares, como los de la capital vallisoletana –donde esa misma dicotomía se observa entre los «hoyos» de San Pedro Regalado y el propio Soto de Medinilla<sup>31</sup>– y otras localidades de la provincia como Moral de la Reina<sup>32</sup> y Campillo<sup>33</sup>, o también en Cisneros (Palencia)<sup>34</sup>.

Como viniendo a contradecir esa primera impresión de no interferencia entre Cogotas I y El Soto, han ido apareciendo unos cuantos yacimientos donde sí se da cuando menos una coincidencia espacial: podemos citar también algunos vallisoletanos, como Medina de Rioseco<sup>35</sup> y Pollos<sup>36</sup> y sobre todo, el solar de tres castillos medievales, los de Castrojeriz, Burgos y Valencia de Don Juan, cuya valoración no es fácil.

<sup>22</sup> RUIZ ZAPATERO, 1984, pp. 177-180. Algunos casos especialmente tardíos en IDEM, 1985, p. 461.

<sup>23</sup> MOLINA y ARTEAGA, 1976, pp. 183-184.

<sup>24</sup> JIMENO y FERNÁNDEZ MORENO, 1985.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 59 (se refieren a la ponencia de los mencionados investigadores en el Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte, Salamanca, 1984).

<sup>26</sup> Al referirse a un fragmento de El Berrueco, con círculos concéntricos estampados y un zig zag inciso, lo plantearon MARTÍN VALLS y DELIBES, 1976b, p. 15.

<sup>27</sup> GONZÁLEZ-TABLAS, 1983, pp. 9 y 28; IDEM, 1984, p. 5.

<sup>28</sup> DELIBES, 1983b, p. 912; HERNÁNDEZ VERA, 1983, p. 76; RUIZ ZAPATERO, 1984, p. 181; FERNÁNDEZ POSSE, 1986, p. 484; FERNÁNDEZ MANZANO, 1985, p. 80.

<sup>29</sup> *Vid.* igualmente FERNÁNDEZ-POSSE, 1986, pp. 478-479 (formación) y 484 (pérdida de unidad).

<sup>30</sup> MARTÍN VALLS y DELIBES, 1975b, pp. 458-461.

<sup>31</sup> Pero Palol los consideró propios de dos grupos coetáneos que no llegaron a mezclarse (PALOL y WATTENBERG, 1974, p. 29).

<sup>32</sup> MAÑANES, 1979, p. 22 y fig. 6 (pagos de Santa Catalina y El Bellón).

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 70 y fig. 18 (pagos de El Torrejón y Las Zorreras).

<sup>34</sup> DELIBES, 1983a, p. 79 (pagos de Los Frailes y San Lorenzo).

<sup>35</sup> MARTÍN VALLS y DELIBES, 1975a, p. 197 (se alude a «degeneración» o «imitación» del Boquique) y fig. 2, 4.

<sup>36</sup> MAÑANES, 1979, p. 83 y Fig. 22. Tal vez se da también esta situación en Gomeznarro (*Ibidem*, p. 76) y en Castromembibre (IDEM, 1983, p. 13), pero no se han publicado dibujos de los materiales tipo Soto.

En Castrojeriz, el interés suscitado por un posible nivel de Soto I se ve reducido porque las cerámicas de la Edad del Bronce deben de pertenecer a un momento muy temprano de Cogotas I. En cambio, al pie del castillo, en la Colegiata de la Virgen del Manzano, donde hay un fragmento con Boquique, parece detectarse la fase Soto II<sup>37</sup>.

En el Castillo de Burgos se ha recogido cerámica de Cogotas I<sup>38</sup> mezclada con vestigios campaniformes, y en capas superiores hay cerámicas del Primer Hierro que, o son de tipo Soto<sup>39</sup> o de una facies equivalente<sup>40</sup>.

Finalmente, en Valencia de Don Juan, los restos asignables a Cogotas I y al Soto han sido hallados en el relleno del foso medieval<sup>41</sup>, por lo que tampoco arrojan luz sobre el problema que nos ocupa.

Ya en Zamora, y en la misma capital, hay que citar la excavación de urgencia llevada a cabo el pasado mes de noviembre por la Arqueóloga Territorial, H. Larrén, en el Corral de Campanas. En el único nivel prehistórico, superpuesto al sustrato geológico y sobre el que descansan potentes niveles bajomedievales y modernos, se ha recuperado un lote de cerámicas, algunas de las cuales corresponden sin duda a Cogotas I –destaca un fragmento con decoración de Boquique, que todavía conserva incrustación blanca– mientras que otras parecen asignables al Soto de Medinilla, destacando un fragmento carenado de pasta bruñida y otro con impresiones digitales y uñadas (fig. II)<sup>42</sup>.

No lejos de la ciudad, en las excavaciones efectuadas por Julián Santos en el yacimiento del Primer Hierro de La Aldehuela, ha aparecido –en el nivel superficial– un fragmento cerámico con decoración de «línea cosida», muy frecuente en Cogotas I<sup>43</sup>.

Estos dos hallazgos zamoranos, ¿podrían entenderse como argumento en favor del contacto entre Cogotas I y Soto? La escasez de los materiales y las propias condiciones de obtención imponen comprobaciones más rotundas, pero en caso afirmativo habrá que preguntarse a continuación si ese pretendido contacto se produjo por la temprana arribada de los grupos del Soto... o más bien porque Cogotas I ha estado descomponiéndose hasta fechas bastante tardías, como antes se señaló. En este sentido, resulta interesante otra estación zamorana, el castro de San Pedro de la Viña. Entre otros abundantes materiales de tipo Soto, se obtuvo un fragmento cerámico<sup>44</sup> cuya decoración, a base de finos triángulos rellenos de incisiones paralelas a uno de

<sup>37</sup> SACRISTÁN y RUIZ VÉLEZ, 1985, p. 193; SACRISTÁN, 1986a, p. 44.

<sup>38</sup> URIBARRI *et alii*, 1987: se mencionan cuatro fragmentos excisos de los sectores II (p. 69 y lám. VIII, 13 y 14) y III (p. 83 y fig. 23, 3-4), afirmándose su carácter campaniforme (pp. 172-174). En el propio sector III también hay un borde que parece corresponder a Cogotas I (p. 72 y lám. VIII, 11).

<sup>39</sup> *Ibidem*, figs. 25, 3 y 41, 3 por ejemplo.

<sup>40</sup> A la vista de las descripciones de sectores y niveles y de los materiales publicados, es difícil aceptar la interpretación ofrecida y sobre todo las fechas radiométricas: de la primera, cuya «edad equivalente» es 760 a.C., no hay referencias a su contexto, ya que –tal vez por error de imprenta– faltan los datos relativos a los niveles I al IV del sector II, pero de todas formas resulta muy alta en relación con los materiales contenidos en niveles infrayacentes. La segunda datación, con una «edad equivalente» de 950 a.C. –a partir de la cual llega a postularse la obtención local del hierro a fines del siglo IX (*Ibidem*, pp. 165 y 167)– supondría que un horizonte que se asemeja a Cortes PIIb o al Soto II se presenta en este yacimiento burgalés con trescientos años de ventaja. Es verdad que hay algunos fragmentos –especialmente en los rellenos del sector I– que recuerdan a otros de Henayo que podrían suponer fechas del s. VIII... pero, en cualquier caso, no deja de sorprender que el pie anular de la fig. 33 quede datado por el radiocarbono a mediados del siglo X...

<sup>41</sup> DE CELIS y GUTIÉRREZ, 1987.

<sup>42</sup> A pesar de su simplicidad –que impone ulteriores comprobaciones– parecen claramente del Soto los fragmentos de las dos filas inferiores de la lámina. Sobre este yacimiento, *vid.* LARRÉN IZQUIERDO, 1987, pp. 64-65.

<sup>43</sup> *Ibidem*, p. 65. Desde estas líneas, mi agradecimiento a H. Larrén y J. Santos por sus informaciones.

<sup>44</sup> MARTÍN VALLS, 1973, p. 409 y fig. 3, izda.

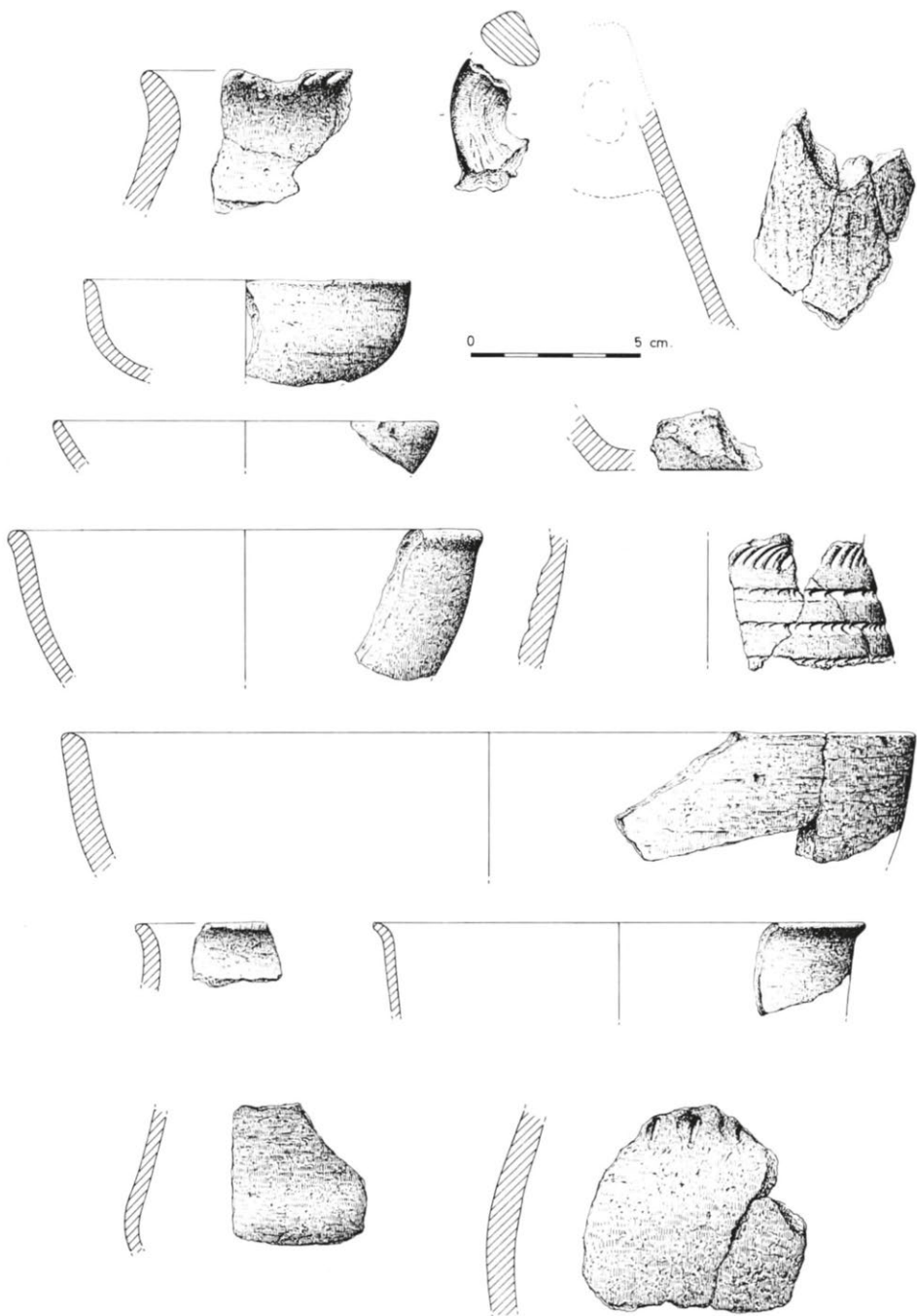


FIG. 2. *Cerámicas a mano del Corral de Campanas, en la ciudad de Zamora*

los lados resulta bien típica en ese horizonte... pero que se complementa en la parte interior del borde mediante un zig-zag inciso, a la manera de Cogotas I (fig. 3). Parece tratarse de un fenómeno de simbiosis comparable al de la conocida tumba conquense de Reillo<sup>45</sup> y, como en este caso, debe entenderse como una perduración, un empleo residual de un determinado elemento decorativo, en fechas ya muy alejadas de la época de plena vigencia.



FIG. 3. Fragmento cerámico del castro de San Pedro de la Viña (según Martín Valls, 1973).

Repasemos los más importantes yacimientos en los que se ha citado esa coincidencia entre Cogotas I y el Hierro Inicial: el cerro de San Andrés, el casco viejo de Zamora, el castro de San Pedro de la Viña, los castillos de Castrojeriz, Burgos y Valencia de Don Juan... Su carácter defensivo es indudable, hecho que acaso no sea mera casualidad, sino condicionado por el propio proceso de contacto.

El tipo de emplazamiento nos sirve para presentar otro castro zamorano, el de Labradas en Arrabalde, donde hemos encontrado un nivel de la etapa final de Cogotas I. En este castro hay rasgos diferentes: por un lado, no está claramente documentada –hasta el presente– la primera Edad del Hierro; por otra parte, los restos de Cogotas I parecen tener una entidad apreciable. Desde luego, nos vemos obligados a encarar mediante excavaciones la datación de las murallas, que por el momento seguimos atribuyendo a un momento muy tardío de la Edad del Hierro. Sea cual sea el resultado, este castro parece alinearse con los del sector SW de la región, como Las Cogotas, Sanchorreja o el Picón de la Mora, que hunden sus raíces en la Edad del Bronce.

#### b) *El utillaje metálico del Bronce Final III.*

Anteriormente aludíamos a la presión ejercida por algunos bronceos en favor de un envejecimiento del grupo del Soto de Medinilla. Estamos, en definitiva, ante el irresuelto problema del contexto cultural de los útiles metálicos del Bronce Final III: algunos pudieron corresponder a las gentes de Cogotas I; otros en cambio, reclaman un marco ligeramente más reciente, resultando inevitable ponerlos en relación<sup>46</sup> con el grupo del Soto, cuya aparición podría remontarse –siguiendo a Palol– hasta el 800 a.C., fecha que sería «avalada» por los propios bronceos...

Lamentablemente, las piezas de dicha tipología siguen ofreciendo notable resistencia, incluso aquellas que han sido halladas en estaciones donde también comparecen las cerámicas de tipo Soto.

<sup>45</sup> MADERUELO y PASTOR, 1981, fig. 3. *Vid.* la valoración de DELIBES, 1983b, p. 91 o la de FERNÁNDEZ-POSSE, 1986, p. 484. Tal vez deba hacerse idéntica interpretación de los fragmentos con Boquique aparecidos en la necrópolis de Alpanseque (CABRÉ y MORÁN, 1977, p. 114), cuyos materiales apuntan al s. VI como muy temprano (ROMERO, 1984a, p. 70).

<sup>46</sup> DELIBES y FERNÁNDEZ MANZANO, 1983, p. 51; la cronología en PALOL y WATTENBERG, 1974, pp. 34 y 192.

En algún caso, la datación es tan elevada que parece imposibilitar por completo la relación con el Soto: así, el puñal de Saldaña, que debe datarse en la primera mitad del s. IX<sup>47</sup>, fecha que ni siquiera encajaría con Soto I, y que obliga a sospechar su pertenencia a un nivel, no detectado todavía, de Cogotas I; pertenencia que parece más que probable en el caso del puñal de Frechilla, recogido en un yacimiento donde superficialmente se han hallado cerámicas con Boquique y excisión<sup>48</sup>.

Pero la mayoría de los casos son mucho menos claros, por la imprecisión cronológica de los útiles de bronce. Tal es el del molde de Sacaos, para fundir hoces como las de Torre de Babia. Estas hoces leonesas se relacionan con el tipo de Castropol<sup>49</sup>, considerado como inmediatamente posterior al siglo IX a.C.<sup>50</sup>. Sin embargo, el tipo asturiano quizá haya que considerarlo, de forma más laxa, como propio de la transición Bronce Final/Hierro, a juzgar por el alto porcentaje de plomo<sup>51</sup>; esto, unido al carácter de «variantes locales» que revisten los ejemplares leoneses<sup>52</sup>, a buen seguro permitiría proponer fechas tardías de la octava centuria, e incluso traspasar la barrera del 700 a.C.

Algo semejante podría postularse para el puñal de Paredes de Nava, un producto indígena alineado con la metalurgia de Vénat<sup>53</sup>, por lo que podría ser datado en el s. VIII –y por ello, situar la ocupación de tipo Soto en ese siglo– pero para el que también podría justificarse una datación a comienzos del siglo VII.

Finalmente, las puntas de lanza halladas en Medina de Rioseco<sup>54</sup> y Cisneros<sup>55</sup>. El paralelismo de una de las palentinas con una pieza de Vallfogona de Balaguer posibilita una datación en el propio siglo VI<sup>56</sup>, frente a fechas más antiguas que derivarían de otras consideraciones<sup>57</sup>. Estas armas han sido calificadas de «...exponentes del Primer Hierro mejor que del Bronce Final»<sup>58</sup>, afirmación que parece convenir a otros muchos útiles de los que comentamos.

Como puede verse, la elasticidad de las cronologías deducidas para los bronce a base de consideraciones tipológicas repercute en la datación del inicio de los poblados de la Edad del Hierro, a la que comunica su incertidumbre.

Por lo que respecta a Zamora, no hay demasiados elementos a añadir a esta discusión. Algunos de ellos podrían tener una cronología tan alta como para excluir a las gentes del Soto: así, el cincel de cubo de Otero de Sariegos, de la primera mitad del siglo IX<sup>59</sup>, o el hacha de talón de Pino del Oro, aunque es este caso, la dilatada vida del tipo permitiría, una vez más, abarcar todo el Bronce Final<sup>60</sup> y no podemos descartar que, como sucede en Siriguarach o en Henayo, estas hachas sigan vigentes en la Edad del Hierro<sup>61</sup>.

El hallazgo más problemático sigue siendo el del hacha de apéndices laterales encontrada en el castro de Fradellos, de la que nos hemos ocupado ya en otras ocasiones. Por su tipología y por las proporciones de estaño y plomo en la aleación, nos inclinábamos por fechas

<sup>47</sup> FERNÁNDEZ MANZANO, 1986, p. 100.

<sup>48</sup> *Ibidem*, pp. 23 y 146.

<sup>49</sup> DELIBES y FERNÁNDEZ MANZANO, 1983, p. 49; COFFYN, 1985, p. 229.

<sup>50</sup> DE BLAS, 1983, p. 180.

<sup>51</sup> RUIZ-GÁLVEZ, 1984, pp. 295 y 364.

<sup>52</sup> FERNÁNDEZ MANZANO, 1986, p. 123.

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 103; COFFYN, 1985, p. 48.

<sup>54</sup> MARTÍN VALLS y DELIBES, 1975a, p. 201 y lám. 1.

<sup>55</sup> DELIBES, 1983a.

<sup>56</sup> *Ibidem*, p. 76. *Vid.* La reinterpretación de RUIZ ZAPATERO, 1985, pp. 301 y 929.

<sup>57</sup> FERNÁNDEZ MANZANO, 1986, pp. 107-108.

<sup>58</sup> DELIBES, 1983a, p. 76.

<sup>59</sup> FERNÁNDEZ MANZANO, 1986, pp. 118-120. Martín Valls y Delibes lo habían relacionado con un momento antiguo del Soto (MARTÍN VALLS y DELIBES, 1982, p. 54).

<sup>60</sup> ESPARZA, 1986, pp. 275-277; FERNÁNDEZ MANZANO, 1986, pp. 62-65 y 117.

<sup>61</sup> RUIZ ZAPATERO, 1985, pp. 909 y 910.

del siglo IX<sup>62</sup>, que encajan mal con las cerámicas recogidas en el castro, que no parecen ir más allá de Soto II. Para solucionar esta contradicción, apuntábamos que se trataría de un caso de perduración –del objeto concreto, no del tipo– que tiene un equivalente muy claro en el castro turoloense de Alloza, donde un hacha de apéndices laterales sale en un contexto del siglo VI<sup>63</sup>.

Recientemente, De Blas Cortina ha dado a conocer un hallazgo de gran interés, un molde para fundir hachas de apéndices laterales procedente del castro leonés de Gusendos de los Oteros, también del grupo Soto<sup>64</sup>, que vendría a modificar la situación: estos objetos, que arrancan del Bronce Final II, se fabrican en el Bronce Final III todavía. Sin embargo, las cerámicas publicadas –bien típicas de Soto II– no permiten por el momento alcanzar las fechas del s. VIII que parecen desprenderse de las consideraciones del citado investigador<sup>65</sup> quien, de todas formas, cree justificable su aparición en estaciones de comienzos de la Edad del Hierro, al igual que sucede con otros elementos de bronce, como son los conocidos calderos remachados<sup>66</sup>.

A uno de tales calderos parece corresponder el fragmento que recogimos en el castro de La Mazada, en Gallegos del Campo<sup>67</sup>, al que sumamos hoy otro elemento singular, un yunque de bronce<sup>68</sup> para el que no tenemos todavía paralelos rigurosos<sup>69</sup>, y que sirvió para labores de toréutica como el martillado de varillas sobre las ranuras de una de sus superficies de trabajo, y tal vez el curvado de chapas como las de los calderos. Lamentablemente, ambos objetos tampoco son finos marcadores cronológicos, pero su presencia parece encajar a la perfección con el ambiente del Soto II que acusan las cerámicas de La Mazada. Concluiríamos así que esos útiles metálicos hallados en los castros zamoranos constituyen seguramente muestras de la metalurgia del bronce propia de la primera Edad del Hierro.

El comienzo de la Edad del Hierro queda, pues, impreciso: la supuesta persistencia –en algún grado– de Cogotas I, nos lleva hacia fechas del s. VII, mejor que del VIII; y algunos de los útiles de bronce hallados en castros pueden confirmar esas fechas bajas, pero otros bronces –e incluso otras interpretaciones de los primeros– hacen posible mantener fechas del s. VIII, y desde sus momentos iniciales. De ahí nuestra búsqueda de otros puntos de referencia, como pueden ser las fechas radiométricas.

### c) *Las dataciones radiocarbónicas.*

El catálogo de las conseguidas en castros zamoranos para la fase que nos ocupa es bastante corto todavía:

			Edad equivalente
El Viso (Bamba)	CSIC 566	2.450±60 B.P.	500 a.C. <sup>70</sup>
El Cerco (Sejas de Aliste)	GrN 10339	2.360±80 B.P.	410 a.C. <sup>71</sup>
El Castillo (Manzanal de Abajo)	GrN 14794	2.530±60 B.P.	580 a.C. <sup>72</sup>

<sup>62</sup> ESPARZA, 1986, pp. 277-279.

<sup>63</sup> *Ibidem*, pp. 355-356. RUIZ ZAPATERO, 1985, pp. 468-470.

<sup>64</sup> DE BLAS, 1985.

<sup>65</sup> *Ibidem*, pp. 255-256.

<sup>66</sup> *Ibidem*, pp. 256.

<sup>67</sup> ESPARZA, 1986, pp. 274-275.

<sup>68</sup> Fue recogido en ese mismo castro por J. del Val y J. Santos, a quienes agradecemos una vez más su amable colaboración.

<sup>69</sup> En la Península Ibérica únicamente se conocía hasta ahora el del depósito de Valdevimbre, de diferente tipología y seguramente mucho más antiguo (FERNÁNDEZ MANZANO, 1986, p. 45).

<sup>70</sup> Corresponde a un bolsón ceniciento relleno con materiales de tipo Soto hallado en el curso de una campaña de excavación de urgencia realizada en este castro por R. Martín Valls y A. Esparza, con motivo del inicio de las obras para instalar un repetidor de televisión.

<sup>71</sup> ESPARZA, 1986, pp. 192, 201 y 401.

<sup>72</sup> Información que agradecemos a la Srta. Escribano Velasco.

Conviene recordar también las obtenidas en yacimientos vallisoletanos del mismo horizonte Soto:

			Edad equivalente
La Mota (Medina del Campo)	GrN 11307	2.580± 30 B.P.	630 a.C.
La Mota (Medina del Campo)	GrN 11308	2.555± 25 B.P.	605 a.C. <sup>73</sup>
Mota del Marqués	H-338-295	2.400±160 B.P.	450 a.C. <sup>74</sup>

Siendo tan escasas las fechas disponibles, y no estrictamente comparables, por cuanto no todas corresponden al momento fundacional, no deberían servir de argumento en favor de una interpretación difusionista, de un proceso que avanza desde el este hacia poniente. Si nos fijamos en las zamoranas, la más antigua es la del castro más occidental, pero esta situación es sin duda provisional. Quizá sea más significativa la mayor antigüedad del yacimiento de Medina del Campo, a cuya fase Mota 2 corresponden las dos muestras citadas. Dicha fase –y, según creemos, las otras dos de la Edad del Hierro, es decir, todos los niveles prehistóricos– denotan un ambiente muy claramente equivalente a Soto II.

La fecha del castro de Manzanal permite situar el arranque del foco castreño del occidente de Zamora a comienzos del siglo VI, es decir, algo antes de las fechas de la segunda mitad de ese siglo que «...de forma tal vez demasiado tímida, pero impuesta por la carencia de mejores elementos» proponíamos hace poco. Esta cronología encaja perfectamente con la que se puede postular a partir del análisis de la cultura material.

No vemos, hoy por hoy, elementos que obliguen a llevar el inicio de estos yacimientos mucho más allá del 600 a.C. Tal vez haya que retrasar ese momento a fechas más antiguas del s. VII si se producen hallazgos significativos; pero antes habrá que deslindar con nitidez la pretendida fase Soto I, apenas intuida fuera de la estación epónima, y que acaso termine encontrando cabida en un Bronce Final de alcance peninsular. En nuestro caso, sólo hay un elemento asignable a dicho estadio, un vasito carenado del yacimiento, muy oriental, de Pinilla de Toro. Aparte de otros paralelos peninsulares<sup>75</sup>, es interesante anotar que en el castro beirano de Senhora da Guia (Baiões) –cuya metalurgia corresponde al Bronce Final III, y en el que se han obtenido una fíbula de doble resorte y una datación radiocarbónica de 700 a.C.<sup>76</sup>– hay fragmentos comparables<sup>77</sup>. Del mismo modo, consignamos cierta similitud entre materiales del castro de S. Martinho de Angueira, que citábamos a propósito de la cerámica pintada, y algunos materiales de Baiões y otros del Soto.

<sup>73</sup> GARCÍA ALONSO y URTEAGA, 1985, p. 133. Las dos fechas se han obtenido sobre muestras del nivel II-2, que parece corresponder a un ambiente de Soto II. Hemos rectificado la edad equivalente.

<sup>74</sup> El P. Velasco aludía a un candil de ciervo enviado en 1957 a Heidelberg por el médico vallisoletano E. Gil y Gil, que habría dado una fechación «...de 500 a 600 años a.C.». (VELASCO, 1961, p. 162). El Director del Instituto de Física de la Universidad de Heidelberg, Prof. Münnich, ha localizado y nos ha enviado gentilmente la datación radiocarbónica, cuya verdadera edad se situaría entre 770 y 380 a.C. (con el 70 % de confianza) o bien entre 840 y 100 a.C. (con el 95 % de confianza) (MÜNNICH, *in litteris*, 24.5.1988). En las notas manuscritas del Laboratorio, cuya fotocopia nos adjunta el Dr. Münnich, se atribuye a esta muestra la procedencia de «Bahagon (sic) de Esgueva». De Bahabón debían de proceder otras muestras enviadas por el Dr. Gil, que no fueron datadas; en cambio, leyendo dichas notas, no cabe duda de que el asta de ciervo procede del yacimiento de Mota del Marqués.

<sup>75</sup> MARTÍN VALLS y DELIBES, 1975b, pp. 460-461, fig. 10, 1. Para este fragmento –y en general para el reconocimiento de las cerámicas atribuibles a Soto I– *vid.* ROMERO CARNICERO, 1980, p. 143.

<sup>76</sup> KALB, 1978.

<sup>77</sup> *Ibidem*, fig 20, n.º 149-155-162.



d) *Las innovaciones de la Segunda Edad del Hierro.*

En la secuencia establecida para otras zonas de la región, la fase Cogotas IIa vendría a marcar el comienzo de la Plena Edad del Hierro. En el sector zamorano, en cambio, dicha fase no se documenta de forma inequívoca. Si su principal indicador es la cerámica con decoración peinada, ésta cuenta con bien escasa representación: sendos fragmentos de los castros de Arrabalde y Molacillos y un lote más cuantioso del castro del Viso<sup>78</sup> (figura 4). Los dos últimos yacimientos podrían ser considerados idóneos para comprobar estratigráficamente la validez de la secuencia Soto/Cogotas IIa/Celtibérico. Pero, ¿hasta qué punto cabe hoy esperar tal comprobación? A tenor del escasísimo número de yacimientos con cerámica peinada en relación a los del grupo del Soto, debería sospecharse que dicha cerámica delata, más que una fase intercalada entre el Primer Hierro y el fenómeno celtibérico, un contacto cultural, un préstamo. Efectivamente, tales cerámicas bien podrían haber sido recibidas en los castros, plenamente vigentes todavía. Sin recurrir a otros yacimientos de la zona oriental de la Cuenca del Duero<sup>79</sup>, podemos anticipar que en una de las catas practicadas en el castro del Viso, la cerámica a peine acompaña a la de tipo Soto, incluso en el bolsón ceniciento donde se obtuvo la muestra que el C-14 ha datado en el 500 a.C. La reciente publicación de La Mota de Medina del Campo nos proporciona un buen punto de referencia. Allí, la comparecencia del peine se produce en los tres niveles del Primer Hierro, aunque son sistemáticamente aludidos como intrusivos o filtrados desde el más moderno<sup>80</sup>. Por su estilo, algunos fragmentos recuerdan notablemente otros de Sanchorreja<sup>81</sup>, y hasta hay alguno que ostenta la decoración peinada exterior e interiormente<sup>82</sup>. La mayoría de los fragmentos han salido en el nivel II-2, donde aparecen cuchillos de hierro, una fíbula broncea de doble resorte y las propias muestras datadas por C-14 a finales del siglo VII.

Tras estas evidencias subyacen dos importantes problemas. En primer lugar, el del encuadre en un marco global, en relación con ese horizonte de las «cerámicas a peine antiguas» que, basándose en los yacimientos de Sanchorreja, el Teso de San Vicente y el Picón de la Mora, propugna Martín Valls, fechando su momento inicial a partir de mediados del siglo VI<sup>83</sup>. Desde luego, no todos los fragmentos que barajamos corresponderían a este estadio primitivo de la decoración a peine: alguno de los de El Viso parece portar motivos de cestería que corresponderían ya al estadio más avanzado, que arrancarían a mediados del siglo IV<sup>84</sup>, siendo así sincrónicos de la fase Cogotas IIa, en sentido estricto. Los fragmentos de Arrabalde y Molacillos son de imposible aprovechamiento cronológico.

En segundo lugar, queda pendiente la propia condición de estas cerámicas peinadas, ya que por falta de análisis especializados de las pastas, no sabemos si han llegado desde otro foco cultural o si son productos de la alfarería local que siguen modelos foráneos.

Resulta llamativa la ausencia de decoración a peine entre los abundantes materiales recobrados en el cenizal toresano de La Baltrasa, donde no falta, sin embargo, un equivalente claro, constituido por un lote de fragmentos<sup>85</sup> entre los que hay alguno que coincide en su temática –motivo solar

<sup>78</sup> ESPARZA, 1986, p. 341. Los del castro de El Viso que ofrecemos en la lámina, recogidos –como el de Molacillos– para nuestra tesina de licenciatura, vienen a unirse a los publicados por MARTÍN VALLS, 1973, pp. 403-405.

<sup>79</sup> SACRISTÁN, 1986a, pp. 78-82.

<sup>80</sup> GARCÍA ALONSO y URTEAGA, 1985, pp. 76, 78 y 80.

<sup>81</sup> *Ibidem*, fig. 28, 30. Cf. GONZÁLEZ-TABLAS, 1983, frags. n.ºs 120-132 y 96.

<sup>82</sup> GARCÍA ALONSO y URTEAGA, 1985, fig. 26, 17 y fig. 29, 2. Cf. MALUQUER, 1958a, p. 50 (Sanchorreja); IDEM, 1952, fig. 4 (teso de San Vicente).

<sup>83</sup> MARTÍN VALLS, 1984, p. 35; IDEM, 1985, p. 107.

<sup>84</sup> MARTÍN VALLS, 1985, p. 119.

<sup>85</sup> MARTÍN VALLS y DELIBES, 1978b, pp. 341-344.

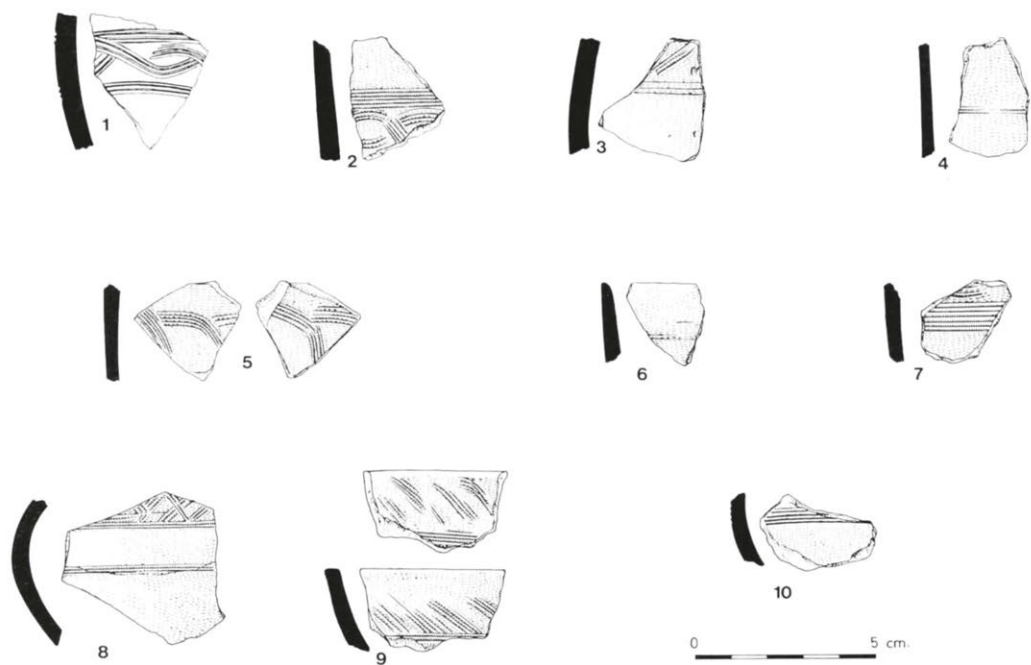


FIG. 4. *Cerámicas con decoración a peine de El Viso (Bamba) y del Teso de la Mora (Molacillos) (n.º 10).*

inciso— con los de Las Cogotas; y lo que es más curioso, otros que por ostentar suaves acanaladuras horizontales y oblicuas acompañadas por hoyitos impresos pueden paralelizarse con ejemplares de Burgos y Soria que han sido considerados precisamente como el trasunto de las cerámicas a peine<sup>86</sup>. Por el momento, resulta difícil aprovechar la presencia de estos materiales en Toro, no tanto desde el punto de vista cronológico —cerámicas y fibulas, una anular y otra posiblemente simétrica, parecen claramente asignables al siglo IV<sup>87</sup>— como en su posible significado: volvemos de nuevo al dilema entre fase y simple estilo. Porque si inicialmente dichos materiales venían a suponer la fundación del poblado por un grupo humano nuevo, la reciente aparición de cerámicas de tipo Soto en el Teso del Huerto, no lejos de la Baltrasa, sugiere que el magnífico emplazamiento de Toro estaba siendo ocupado en el Primer Hierro, y seguramente existía todavía cuando llegaron las cerámicas mencionadas. La presencia, en el lote mencionado, de un vaso bitroncocónico, liso, podría ser un anticipo de hallazgos clarificadores.

Todavía debemos aludir a otros elementos pertenecientes a esos tiempos iniciales de la Segunda Edad del Hierro: se trata de unos pocos fragmentos con decoración estampada de círculos concéntricos, de Lubián y San Pedro de la Viña. En el primer caso, para el que hemos señalado su posible correspondencia al siglo III, avalada por una datación radiocarbónica, no podemos resolver con seguridad sus orígenes, por los problemas que persisten todavía para explicar los castros sanabreses. En cambio, en San Pedro de la Viña, cabría repetir, a propósito del fragmento estampado, lo que anteriormente se ha dicho respecto a la incorporación del peine en las cerámicas del Soto; y otro tanto sucedería con un tiesto estampado, también realizado a mano, del castro de La Mazada, cuyo contexto es, sin duda, el Soto<sup>88</sup>.

No nos atrevemos, en cambio, a efectuar la misma interpretación de las cerámicas halladas en el castro de Fuentes de Ropel<sup>89</sup>: acostumbrados a la pobreza o la sencillez de las cerámicas habituales en los otros yacimientos, nos frena la gran personalidad de dos fragmentos, uno con sogueado a peine sobre un friso de ánares y el otro con una triple teoría de estampillados. Hechos a mano, su cronología vendría a remitirnos una vez más a Cogotas IIa; tal vez las excavaciones realizadas por J. de Celis en el yacimiento permitan esclarecer si tales cerámicas —con las que no desentonaría cronológicamente un trocito de una *pelike* ática de figuras rojas, datable en el s. IV— deben ser relacionadas también con el horizonte del Soto existente en el sitio<sup>90</sup>.

Nuestras sospechas acerca de la asimilación o incorporación de las novedades decorativas —peine, estampillados— por las gentes del Soto nos llevan, por último, a plantear otros dos problemas. En primer lugar, el de la propia conveniencia del epígrafe con que se abría este apartado, porque la aceptación de esas novedades ¿justificaría el empleo de la etiqueta «Segunda Edad del Hierro»? Ya que no conocemos los objetos de los que se pudo disponer en los castros zamoranos en este momento, cabe suponer que contaban con cuchillos y puntas de lanza, sin que sepamos si aquí floreció la forja de armas y herramientas que, desde el siglo IV, se observará por ejemplo en la zona de Avila-Salamanca. Los indicios de actividades de reducción y forja realizados en el castro de Sejas desde momentos tempranos parecen avalar que, en efecto, nos hallamos en los inicios de la Plena Edad del Hierro.

Más importante es la cuestión del final de los castros y poblados que fundaran las gentes del Soto: la posición que anteriormente hemos adoptado respecto a las cerámicas estampadas y

<sup>86</sup> ROMERO, 1984, p. 119, nota 284.

<sup>87</sup> MARTÍN VALLS y DELIBES, 1978b, p. 343.

<sup>88</sup> ESPARZA, 1986, pp. 341-343.

<sup>89</sup> MARTÍN VALLS y DELIBES, 1978b, pp. 328-331.

<sup>90</sup> Las dudas nos asaltan también en el caso de Fariza, donde la vinculación geográfica y la muralla con talud nos hacen pensar en una conexión más fuerte con el ámbito salmantino, en una verdadera ocupación de Cogotas IIa.

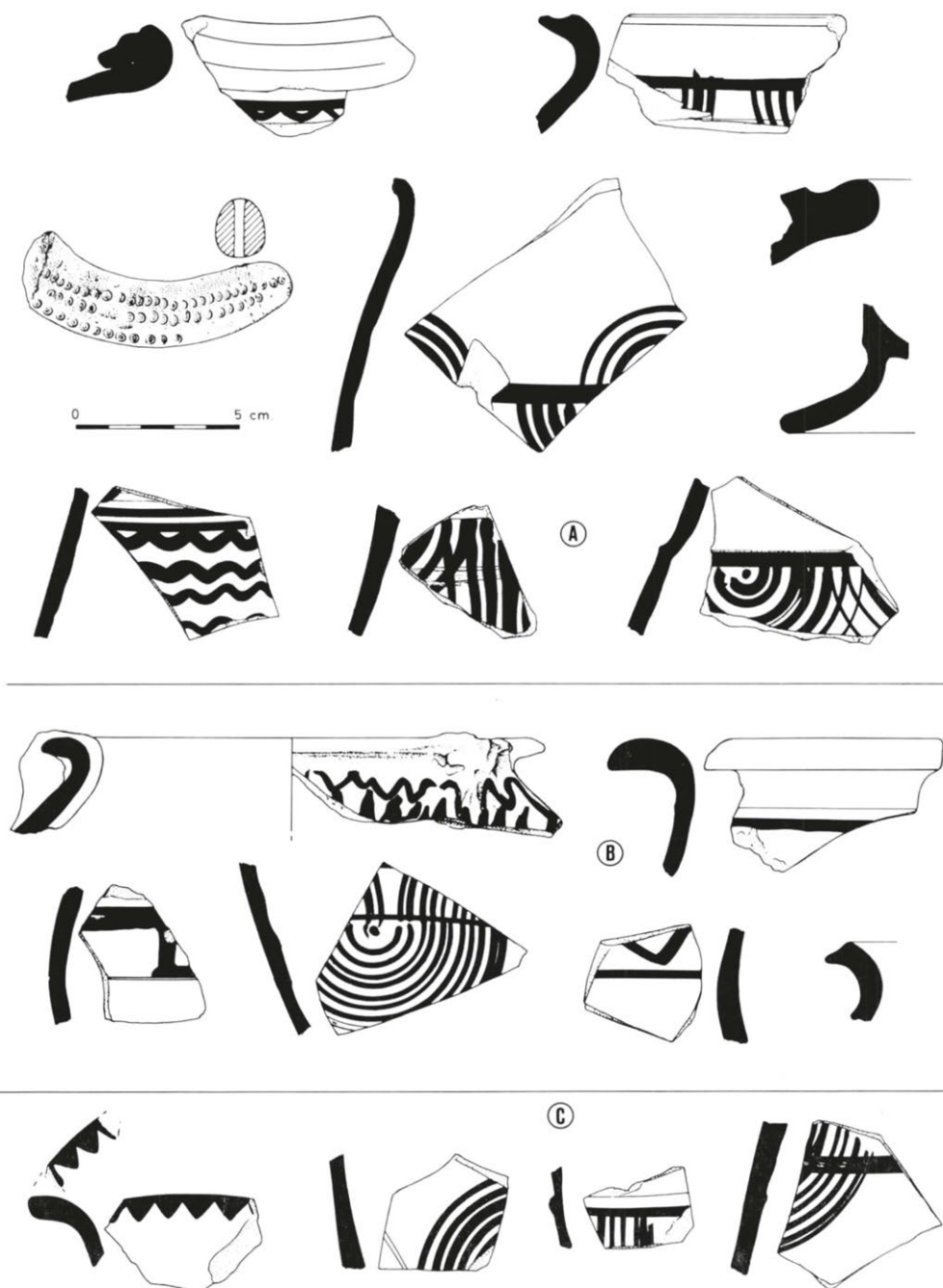


FIG. 5. Cerámicas celtibéricas: A) San Mamés (Villalpando); B) Teso de la Mora (Molacillos); C) Dehesa de Amor (La Tuda).

peinadas equivale a afirmar que se supera ampliamente la fecha del 500 a.C. que en alguna ocasión se ha sugerido para la estación epónima<sup>91</sup>. Al menos en estas zonas occidentales, un Soto prolongado parece persistir no ya hasta el siglo IV en que fechábamos las cerámicas a peine de Cogotas II, sino incluso hasta incorporar rasgos celtibéricos.

El contacto directo entre Soto II y el fenómeno celtibérico fue propuesto hace unos años por Martín Valls y Delibes para el área zamorana, especialmente para las zonas más occidentales<sup>92</sup>, y los descubrimientos de los últimos tiempos parecen corroborarlo, como veremos a continuación.

Ciertamente, el argumento fundamental deberían constituirlo conjuntos cerrados o, al menos, reiteradas observaciones estratigráficas, pero los datos disponibles son todavía poco expresivos: en los cortes efectuados en el Cerco de Sejas, los rarísimos fragmentos celtibéricos aparecen entre los materiales autóctonos, enraizados en el Soto<sup>93</sup>; en Fresno de la Carballeda solamente se encontró un nivel de ocupación, por lo que no es descabellado proponer que el fragmento celtibérico –aunque salió entre la tierra que colmata y desborda la muralla– pertenece a un vaso que estuvo perfectamente integrado en el equipamiento de los pobladores del castro, junto a sus cerámicas de tipo Soto<sup>94</sup>. Si, dada la insuficiencia de los datos, buscamos apoyos externos, habrá que citar el propio yacimiento de La Mota de Medina del Campo, donde también debió de producirse este contacto, si bien en un momento anterior –al menos en cien años– al de nuestros castros: la aparición de un borde que Sacristán considera buen indicador del primer momento celtibérico supondría el alargamiento del horizonte Soto II al menos hasta el siglo IV<sup>95</sup>.

A la espera de nuevos –y mejores– hallazgos estratificados, podemos recurrir a la cartografía, que sigue apoyando la propuesta que comentamos. A diferencia de lo que ocurre en algunas localidades del centro de la Cuenca, donde un yacimiento celtibérico se sitúa a cierta distancia de un poblado del Soto no celtiberizado<sup>96</sup>, dando pie a pensar en un corte significativo entre ambas culturas, en Zamora la situación es distinta: salvo contadas excepciones –Barcial del Barco; y Fariza y La Tuda, que nos empiezan a parecer discutibles– las cerámicas celtibéricas salen siempre en castros con materiales del Soto, por lo que puede suponerse que han sido *recibidas* en éstos.

Ciertamente, es posible efectuar otra valoración de este hecho, considerando que se trata de una mera coincidencia en la elección de emplazamiento por parte de los antiguos pobladores, que ya se habrían extinguido, y de gentes nuevas, portadoras de una cultura material novedosa. Esto, sin embargo, supone una concepción del fenómeno celtibérico que nos parece algo simplista. Frente a ella, creemos que independientemente del papel desempeñado por determinadas poblaciones –los vacceos, por ejemplo– el proceso de celtiberización parece consistir en un complejo entramado socio-económico y cultural comparable al que se ha producido, con ventaja cronológica, en la periferia mediterránea y luego en el Valle del Ebro, desde donde irradian estímulos catalizadores de lo que va a ocurrir en el valle del Duero. Maduras ya las condiciones sentadas por las poblaciones de tradición Campos de Urnas, y contando con innovaciones tecnológicas relevantes, como el utillaje de hierro –un variado instrumental agrícola y artesanal es característico de la época– se va a producir una concentración humana en grandes núcleos, rodeados de territorios estructurados políticamente, núcleos donde se asientan talleres de artesanos que surten a poblacio-

<sup>91</sup> PALOL, 1972, p. 102.

<sup>92</sup> MARTÍN VALLS y DELIBES, 1977, p. 293; IDEM, 1978b, p. 324; IDEM, 1981, pp. 174-175.

<sup>93</sup> ESPARZA, 1986, pp. 183, 198 y 343.

<sup>94</sup> *Ibidem*, pp. 156 y 158.

<sup>95</sup> SACRISTÁN, 1986b, p. 213, nota final, donde llama la atención sobre ese borde... y sobre la propia ocupación celtibérica (o adopción de las cerámicas), que había pasado inadvertida.

<sup>96</sup> Por ejemplo, en Medina del Campo (PALOL y WATTENBERG, 1974, p. 101) y Torrelobatón (*Ibidem*, p. 163).

nes cuyo nivel de vida es creciente, a juzgar por la arquitectura doméstica. Entre los objetos manufacturados por aquellos artesanos, destacan los adornos y las joyas destinados a élites sociales consumidoras incluso de objetos exóticos, de origen mediterráneo, que testimonian la importancia de los intercambios. Estos permiten la homogeneización cultural, la extensión de los distintos elementos, que no faltarán en cualquier poblado integrado en la misma órbita económico-social.

Según esta interpretación, si algunos de nuestros castros, como los de El Viso, Toro y Fuentes de Ropel, están claramente celtiberizados, no se debería a la arribada de nuevas gentes, sino a sus favorables condiciones, su pujanza económica, su plena participación en el proceso. Y ello, por encima de su adscripción étnica y política: el castro de Fuentes de Ropel, como los leoneses de San Martín de Torres y Villasabariego, son astures, y no vacceos. Pero su grado de evolución es muy alto, llegando a convertirse en los importantes oppida de *Brigeco*, *Bedunia* y *Lancia*.

De igual modo, la aparición en cuantía no demasiado elevada, de cerámica celtibérica en los castros instalados en los tramos bajos del Orbigo, el Tera o el Aliste (Manganeses; S. Pedro de Zamudía y Milles; Carbajales de Alba); o su mera presencia en los yacimientos más occidentales (Sejas, Fresno de la Carballeda), se explicarían porque su debilidad económica y demográfica, y su peor posición en los circuitos de intercambio, únicamente permitirían la llegada de los elementos más sencillos, superficiales, ornamentales, de la celtiberización, que habrían estado por completo ausentes de los yacimientos más pobres. En los casos anteriores, desde luego, la cerámica celtibérica llegaría a manos de los pobladores castreños, herederos de quienes se establecieron siglos atrás ostentando una cultura material muy claramente sotense. Dado que nuestras cerámicas celtibéricas no parecen de un momento muy temprano, seguramente se podrá fechar este nuevo contacto en el s. III o más bien en el II a.C.

Por supuesto, no estamos defendiendo la persistencia de Soto II puro hasta fechas tan bajas, sino la existencia de una evolución local, mal conocida, en la que se habrían ido diluyendo los elementos originarios más característicos. Hasta ahora, apenas podíamos sino barruntar esta evolución a la vista de las estratigrafías de Sejas de Aliste. Actualmente, las excavaciones de Arrabalde y, sobre todo, el extraordinario punto de referencia que supone la Corona de Corporales, abren la posibilidad de perfilar próximamente las características de los últimos momentos de la Edad del Hierro.

#### e) *La carencia de hallazgos funerarios.*

Buena parte de nuestra incertidumbre procede de la pertinaz incomparecencia de enterramientos: por el momento, no se conoce en tierras zamoranas necrópolis alguna de la Edad del Hierro. En el caso de los yacimientos vinculados al fenómeno celtibérico, tenemos al menos el punto de referencia que suponen los grandes cementerios habidos en las estaciones análogas de la región..., pero para los restantes, y sobre todo para el Primer Hierro, ni siquiera contamos con esa apoyatura, ya que no se conoce el ritual funerario del grupo del Soto, aunque se sospecha que fuese incinerador.

El innegable parentesco entre las poblaciones del Primer Hierro de la región del Duero y los grupos de Campos de Urnas del Valle del Ebro, manifestado en tantos aspectos de la denominada «cultura material», invita a sospechar que también afectó a la esfera funeraria. La reciente aparición de esqueletos infantiles inhumados bajo las viviendas del horizonte del Soto en Medina del Campo<sup>97</sup> y Roa<sup>98</sup> se convierte, aunque pueda parecer paradójico, en el mejor argumento en favor del carácter incinerador que pretendemos asignar a nuestros poblados análogos. Porque, si hasta en ese concreto detalle que supone el género de enterramiento reservado para un grupo de

<sup>97</sup> GARCÍA ALONSO y URTEAGA, 1985, p. 132.

<sup>98</sup> SACRISTÁN, 1986a, pp. 62-63.

edad, las gentes que nos ocupan se manifiestan análogas a las de Cortes de Navarra<sup>99</sup>, ¿cómo no suponer una coincidencia en cuanto al rito general, seguido con los adultos?.

Si, de acuerdo con tal suposición, el ritual era incinerador, la agricultura –que hasta hace no muchos años se realizaba incluso en el interior de muchos yacimientos– puede haber impedido la conservación de las necrópolis, fuesen éstas de índole tumular o campos de urnas de más o menos clásicos. Únicamente cabe la esperanza de que en alguna de nuestras estaciones se hayan practicado modalidades como las de los castros de Lara<sup>100</sup> o Monte Bernorio<sup>101</sup> y todavía puedan subsistir. De todas formas, la intensa prospección llevada a cabo por un equipo dirigido por J. del Val en castros del valle de Tera, en la que se contaba incluso con detector de objetos metálicos, tampoco resultó fructífera en cuanto a la localización de sepulturas. Sin descartar ninguna posibilidad<sup>102</sup>, la búsqueda de la seguridad que proporcionan los conjuntos funerarios debe considerarse objetivo prioritario para los próximos años.

### III. NUEVAS DIRECCIONES EN LA INVESTIGACIÓN.

Sin que pueda considerarse en modo alguno superado el estadio inicial de la investigación, particularmente atento, como hemos visto, a los aspectos cronológicos y culturales, parece interesante comenzar la introducción prudente de métodos que permitan ampliar nuestros conocimientos hacia otras esferas. Nos referimos especialmente a los métodos de «análisis espacial».

De antemano se advierten importantes dificultades: la insuficiencia de la prospección y la desigual intensidad con que ésta ha sido realizada; lo exiguo de nuestra información acerca de muchos yacimientos, que se reduce a la mera presencia de alguna cerámica identificable por su estilo; la carencia de una cartografía de detalle... entorpecen estos propósitos; pero el obstáculo fundamental es, sin duda, la imprecisión cronológica. Por eso, la imprescindible comprobación del carácter simultáneo –o mejor, contemporáneo– de los yacimientos, impone de forma inexcusable el continuar con aquellas preocupaciones «tradicionalistas».

Hemos comenzado ya la preparación de los datos para someterlos a los nuevos métodos, habiendo advertido en seguida el interés de contrastar, por ejemplo, el tipo de ocupación del territorio en la Edad del Bronce y en la Edad del Hierro. En algunos casos, hay una diferencia evidente. Tomamos como ejemplo el de Fariza, donde hay dos estaciones muy próximas (fig. 6): de Los Castrilluzos se han publicado recientemente materiales que parecen corresponder a un momento temprano de Cogotas I<sup>103</sup>, mientras que el solar de la ermita de la Virgen del Castillo es el emplazamiento de un castro romanizado que ya dio a conocer Gómez Moreno<sup>104</sup>. Las posibilidades de ambos parecen totalmente diferentes, no sólo en cuanto al número de habitantes, sino sobre todo en lo que se refiere al desenvolvimiento de actividades económicas, que en el primer sitio no incluirían la agricultura<sup>105</sup>.

Si esta clase de observaciones se repitiese regularmente, tendríamos –además de la posibilidad de utilizar el patrón de asentamiento como criterio de clasificación de yacimientos poco expresivos en hallazgos superficiales– un argumento importante en la discusión del proceso histórico, a favor de la hipótesis de trabajo según la cual consideraríamos el surgimiento de los castros como un auténtico fenómeno de *colonización*.

<sup>99</sup> MALUQUER, 1958b, pp. 143 (inhumaciones infantiles) y 146.

<sup>100</sup> LUIS MONTEVERDE, 1958, p. 194.

<sup>101</sup> SAN VALERO, 1944, p. 32.

<sup>102</sup> Nuestro sondeo en Muga de Alba (ESPARZA, 1986, pp. 147-151) tuvo en cuenta la posibilidad de enterramientos en cistas trapezoidales, pero resultó infructuoso.

<sup>103</sup> LÓPEZ PLAZA y SANTOS, 1985, p. 255 y 258.

<sup>104</sup> GÓMEZ MORENO, 1927, pp. 26-27.

<sup>105</sup> Semejante yacimiento debió de ser estacional: el microclima de los arribes, bajo las condiciones del sub-boreal, seguramente lo hacía inutilizable en verano.

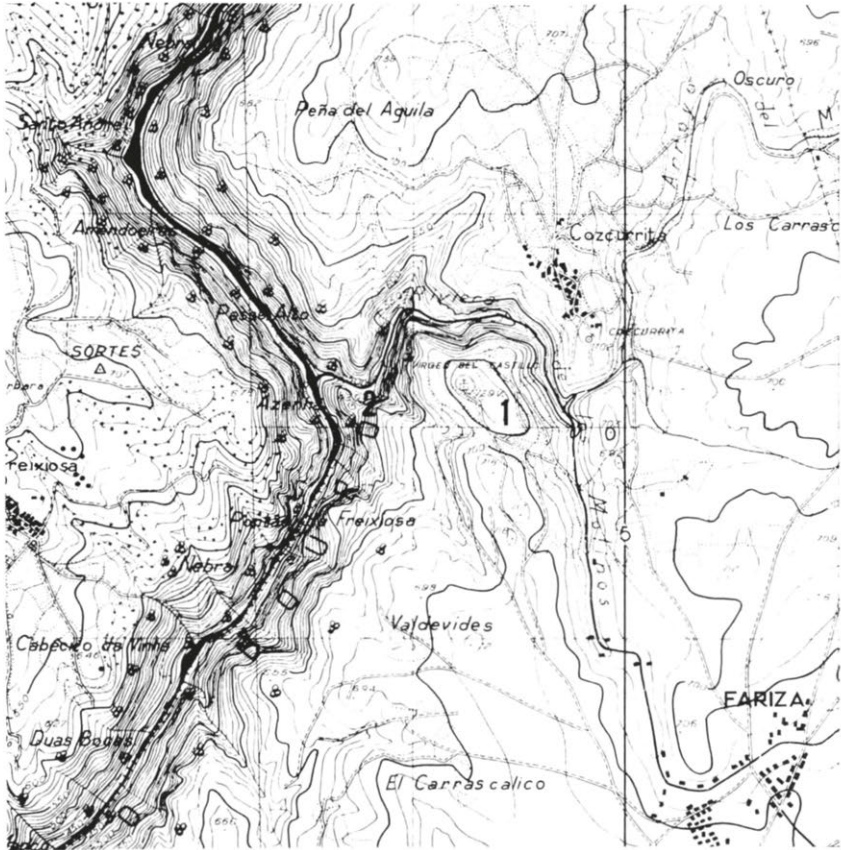


FIG. 6. Yacimientos prehistóricos de Fariza: 1) El Castillo; 2) Los Castrilluzos (De la Carta Militar de Portugal E:1/25.000, folha 95, Vila Cba de Braciosa).



La situación, naturalmente, es más compleja: incluso dejando de lado aquellas localidades donde coinciden Cogotas I y Soto, el mero análisis territorial de los yacimientos de Cogotas I de la Tierra del Vino nos obligaría a concluir una orientación agrícola<sup>106</sup>.

A pesar de ello, la instalación de las gentes del Soto de Medinilla que marca el paso a la Edad del Hierro parece suponer un cambio importante en la utilización del territorio. El alto número de yacimientos y la propia entidad de éstos, la abundancia de materiales que se plasma en los vertederos –donde hay una llamativa diversidad en tamaños y formas cerámicas, como en los restos faunísticos– parecen testimoniar un nivel de vida y un aprovechamiento de los recursos naturales más importantes que en la Edad del Bronce.

Si tales presupuestos son válidos ¿por qué se produce precisamente ahora ese fenómeno de colonización, de puesta en valor de las posibilidades agropecuarias de la región? Ya que no se trata de actividades completamente nuevas respecto a Cogotas I, ¿por qué se produce ahora esa notable intensificación? Aquí se abren algunos caminos para ulteriores investigaciones, ya que las respuestas pueden ser variadas.

En primer lugar, cabría partir de unos *niveles tecnológicos* muy diferentes entre Cogotas I y Soto, y aunque la medición de tales niveles está dificultada por los problemas cronológicos anteriormente consignados, lo cierto es que la metalurgia del bronce empleada por las gentes del Primer Hierro era bastante avanzada, y la presencia del molde para fundir hoces en el castro de Sacaos sería un indicio muy sugestivo, que bien pudiera ser redondeado con las hachas de talón y de apéndices, si se comprueba su utilización en fechas muy tardías.

Por supuesto, no parece que la gran ventaja de Soto resida en un utillaje realizado en hierro: aunque hemos defendido la importancia de la siderurgia en los castros zamoranos y su realización desde momentos tempranos, no hay evidencia de auténticas herramientas en la primera Edad del Hierro.

En segundo lugar, puede considerarse en el problema que planteábamos el *factor demográfico*: habrá que calibrar lo que por el momento es una mera impresión a la vista del número y características de los yacimientos, pero la población de la Edad del Hierro parece ser bastante superior a la del momento precedente, y ello constituiría a la vez estímulo y condición *sine qua non* para afrontar la colonización.

Y en tercer lugar, no debe excluirse, sino todo lo contrario, el recurso a un *factor climático*, porque –junto a la debilidad demográfica o a las carencias técnicas–, pudo darse en Cogotas I una dificultad en el aprovechamiento de los suelos de la región a causa de la escasez de las precipitaciones.

Acaso se consiga valorar más adelante hasta qué punto se relacionan la transición entre los climas Sub-boreal y Sub-atlántico y el agotamiento de la cultura de Cogotas I. Ahora únicamente pretendemos señalar la coincidencia *grosso modo* entre el surgimiento de los poblados de la Edad del Hierro y la inauguración del Sub-atlántico, fase que en la mitad norte peninsular debió de caracterizarse por una importante pluviosidad<sup>107</sup> que habría favorecido la ampliación del terrazgo, la introducción de nuevos cultivos, etc. La obtención de elementos botánicos, pedológicos, etc., debería constituir un objetivo prioritario en las excavaciones arqueológicas, ya que el apoyo en los trabajos efectuados sobre turberas resulta poco aprovechable para los problemas que nos ocupan.

Todavía una última posibilidad de avanzar en aspectos de tipo económico: en el trabajo actualmente en curso, tratamos de medir –a través de laboriosos procedimientos de análisis espacial– la importancia de los distintos factores de localización, pero sobre todo, se pretende dilucidar si los castros son unidades autosuficientes, y el único tipo de poblamiento de la época, o si por el contrario algunos de ellos han sido parcialmente abastecidos desde otros castros, y hasta de asentamientos de otro género, a manera de caseríos, como sucede en esos momentos en diversas zonas de Europa Occidental.

<sup>106</sup> Se ha sugerido su pertenencia a agricultores itinerantes (MARTÍN VALLS y DELIBES, 1972, p. 19). Desde luego, no son infrecuentes los molinos de vaivén, los hoyos atribuidos originariamente a graneros, y otros indicios de actividades agrícolas en yacimientos de Cogotas I.

<sup>107</sup> MAGNY, 1982, pp. 41-42.

## BIBLIOGRAFIA

- CABRÉ DE MORÁN, M.<sup>a</sup> E. y MORÁN CABRÉ, J. (1977): «Fíbulas en las más antiguas necrópolis de la Meseta Oriental Hispánica», *RUC*, XXVI, 109 (*Homenaje a García y Bellido*, III), pp. 109-148.
- CAMPANO LORENZO, A. y DEL VAL RECIO, J.: (1986): «Un enclave de la Primera Edad del Hierro en Zamora. 'El Castro', Camarzana de Tera». *Revista de Arqueología*, 66 (Octubre), Madrid, pp. 29-33.
- COFFYN, A. (1985): *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*. París.
- DE BLAS CORTINA, M. A. (1983): *La Prehistoria Reciente en Asturias*. Oviedo.
- (1985): «El molde del castro leonés de Gusendos de los Oteros y las hachas de apéndices laterales curvos peninsulares», *Zephyrus*, XXXVI-XXXVIII, Salamanca, pp. 227-296.
- DE CELIS SÁNCHEZ, J. (1986): «Nuevo yacimiento de la Edad del Hierro en Benavente (Zamora)», *Anuario 1986. Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*, Zamora, pp. 41-53.
- DE CELIS, J. y GUTIÉRREZ, A. (1987): «Las excavaciones arqueológicas en el Castillo de Valencia de Don Juan», en *Cinco yacimientos Arqueológicos. Conservación y documentación (Catálogo de la Exposición. León 1987-88)*. León.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1983a): «Un conjunto de lanzas de bronce de Cisneros, Palencia», *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, II, Madrid, pp. 69-79.
- (1983b): «Grup cultural Cogotas I: una visió crítica», *Tribuna d'Arqueologia*. 1982-1983, Barcelona, pp. 85-92.
- DELIBES DE CASTRO, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1983): «Calcolítico y Bronce en tierras de León», *Lancia*, 1, León, pp. 19-82.
- DELIBES DE CASTRO, G.; FERNÁNDEZ MANZANO, J.; ROMERO CARNICERO, F. y MARTÍN VALLS, R. (1985): *La prehistoria del Valle del Duero*, en VALDEÓN, J. (dir.): *Historia de Castilla y León*, I, Valladolid.
- ESPARZA ARROYO, A. (1986): *Los castros de la Edad del Hierro del noroeste de Zamora*. Zamora.
- FERNÁNDEZ MANZANO, F. (1985): «La Edad del Bronce», en DELIBES *et alii*, 1985, pp. 54-81.
- (1986): *Bronce Final en la Meseta Norte española: el utillaje metálico*. Valladolid.
- FERNÁNDEZ-POSSE Y DE ARNÁIZ, M.<sup>a</sup> D. (1986): «La cultura de Cogotas I», en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Sevilla, pp. 475-485.
- GARCÍA ALONSO, M. y URTEAGA ARTIGAS, M. (1985): «La villa medieval y el poblado de la Edad del Hierro de La Mota, Medina del Campo (Valladolid)», *NAH*, 23, pp. 61-139.
- GÓMEZ MORENO, M. (1927): *Catálogo Monumental de España. Provincia de Zamora*. Madrid.
- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F. J. (1983): *Los Castillejos de Sanchorreja y su incidencia en las culturas del Bronce Final y de la Edad del Hierro de la Meseta Norte*. Resúmenes de Tesis Doctorales de la Universidad de Salamanca. Salamanca.
- (1984): *Transición a la Segunda Edad del Hierro*, IV Ponencia al Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte (Salamanca 1984), texto multicopiado.
- HERNÁNDEZ VERA, J. A. (1982): *Las ruinas de Inestrillas. Estudio Arqueológico*. Logroño.
- (1983): «Difusión de elementos de la cultura de Cogotas I hacia el Valle del Ebro», *Cuadernos de Investigación. Historia*, IX, 1 (*I Coloquio sobre Historia de la Rioja*), Logroño, pp. 65-79.
- JIMENO MARTÍNEZ, A. y FERNÁNDEZ MORENO, J. J. (1985): «Los Quintanares de Escobosa de Calatañazor (Soria). Algunos aspectos sobre la transición de la Edad del Bronce a la del Hierro», *RICUS (Geog. e H.)*, IX, 3, pp. 49-66.
- KALB, P. (1978): «Senhora de Guia, Baiões», *MM*, 19, pp. 112-138.

- LARRÉN IZQUIERDO, H. (1987): «Intervenciones arqueológicas en la provincia de Zamora», *Anuario 1987. Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*, Zamora, pp. 61-70.
- LÓPEZ PLAZA, S. y SANTOS, J. (1985): «Alabarda y puñales de lengüeta y remaches procedentes del SO de la Cuenca del Duero». *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII, Salamanca, pp. 255-264.
- LUIS MONTEVERDE, J. (1958): «Los castros de Lara (Burgos)», *Zephyrus*, IX, Salamanca, pp. 191-199.
- MADERUELO, M. y PASTOR, M. J. (1981): «Excavaciones en Reillo (Cuenca)», *NAH*, 12, pp. 159-186.
- MAGNY, M. (1982) «Atlantic and Sub-boreal: dampness and dryness?», en HARDING, A. F. (ed.): *Climatic Change in Later Prehistory*, Edimburgo, pp. 33-43.
- MALUQUER DE MOTES, J (1952): «De la Salamanca primitiva», *Zephyrus*, II, Salamanca, pp. 61-72.
- (1958a): *El Castro de Los Castillejos en Sanchorreja, Avila*. Avila-Salamanca.
- (1958b): *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio Crítico - II*. Pamplona.
- MAÑANES, T. (1977) «Contribución a la carta arqueológica de la provincia de León», León y su Historia, IV (Fuentes y Estudios de Historia Leonesa, 18), León, pp. 319-364.
- (1979): *Arqueología vallisoletana. La Tierra de Campos y el Sur del Duero*. Valladolid.
- (1983): *Arqueología vallisoletana. II. Torozos y Cerrato*. Valladolid.
- MARTÍN VALLS, R. (1973): «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora», *BSAA*, XXXIX, pp. 403-414.
- (1984): «Prehistoria palentina», en VV.AA.: *Historia de Palencia*, Palencia, pp. 15-53.
- (1985): «La segunda Edad del Hierro». en DELIBES *et alii*, 1985, pp. 104-131.
- MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. (1972): «Nuevos yacimientos de la Primera Edad del Hierro en la Meseta Norte». *BSAA*, XXXVIII, pp. 5-54.
- (1975a): «El poblado protohistórico del Cerro de San Andrés en Medina de Rioseco». *AL*, 57-58, pp. 195-202.
- (1975b): «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora, II», *BSAA*, XL-XLI, pp.445-476.
- (1976): «Sobre la cerámica de la fase Cogotas I», *BSAA*, XLII, 1976, pp. 5-18.
- (1977): «Hallazgos... de Zamora, IV», *BSAA*, XLIII, pp. 291-319.
- (1978a): «Die Hallstatt-zeitliche Siedlung von Zorita bei Valoria la Buena (Prov. Valladolid)», *MM*, 19, pp. 219-230.
- (1978b): «Hallazgos... de Zamora, V», *BSAA*, XLIV, pp. 321-346.
- (1981): «Hallazgos... de Zamora, VIII», *BSAA*, XLVIII, pp. 153-186.
- MOLINA F. y ARTEAGA, O. (1976): «Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica», *CPUG*, I, 1976, pp. 175-214.
- PALOL, P. DE (1972): «Algunas reflexiones sobre Numancia y Clunia», en *Numancia. Crónica del Coloquio Conmemorativo del XXI Centenario de la Epopeya Numantina* (Monografías arqueológicas, 10), Zaragoza, pp. 101-106.
- PALOL, P. DE y WATTENBERG, F. (1974): *Carta Arqueológica de España*. Valladolid. Valladolid.
- ROMERO CARNICERO, F. (1980): «Notas sobre la cerámica de la Primera Edad del Hierro en la cuenca del Duero», *BSAA*, XLVI, pp. 137-153.
- (1984a): «La Edad del Hierro en la provincia de Soria. Estado de la cuestión», *Actas del I Symposium de Arqueología Soriana (Soria 1982)*, Soria, pp. 51-121.
- (1984b): «Novedades arquitectónicas de la cultura castreña soriana: la casa circular del Castro del Zarranzano», *Actas del I Symposium de Arqueología Soriana (Soria 1982)*, Soria, pp. 187-210.
- (1984c): «La Edad del Hierro en la serranía soriana: los castros», *BSAA*, L, pp. 27-67.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.ª L. (1984): *La Península Ibérica y sus relaciones con el Círculo cultural atlántico*, Tesis Doctorales de la Universidad Complutense de Madrid, n.º 139/84, Madrid.

- RUIZ ZAPATERO, G. (1984): «Cogotas I y los primeros Campos de Urnas en el Alto Duero», *Actas del I Symposium de Arqueología Soriana (Soria 1982)*, Soria, pp. 169-185.
- (1985): *Los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica*, Tesis Doctorales de la Universidad Complutense de Madrid, n.º 83/85, Madrid.
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D. (1986a): *La Edad del Hierro en el Valle medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*. Valladolid.
- (1986b): «Consideraciones sobre el celtiberismo inicial en la cuenca media del Duero», *BSAA*, LII, pp. 205-213.
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D. y RUIZ VÉLEZ, I. (1985): «La Edad del Hierro». en VV.AA.: *Historia de Burgos*, I, Burgos, pp. 181-220.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J. y FERNÁNDEZ-POSSE, M.ª D. (1985): *La Corona y El Castro de Corporales I*. EAE, 141.
- SAN VALERO APARISI, J. (1944): *Excavaciones arqueológicas en Monte Bernorio (Palencia). Primera Campaña-1943*. IMCGEA, 5.
- URIBARRI ÁNGULO, J. L.; MARTÍNEZ GONZÁLEZ, J. M. y LEIS MUÑOZ, I. (1987): *Primeros asentamientos humanos en la ciudad de Burgos. I. El yacimiento arqueológico del Castillo y Cerro de San Miguel*. Burgos.
- VELASCO, E. (1961): «Hallazgos arqueológicos en La Mota del Marqués (Valladolid)», *VI CNArq (Oviedo 1959)*, pp. 158-162.
- VON DEN DRIESCH, A. y BOESSNECK, J. (1980): «Tierknochenfunde aus Sacaajos bei La Bañeza, Provinz León», *Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel*, 7, Munich, pp. 122-159.

#### ABREVIATURAS UTILIZADAS

AL:	<i>Archivos Leoneses</i> . León.
BSAA:	<i>Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología</i> . Valladolid.
CNArq:	<i>Congreso Nacional de Arqueología</i> . Zaragoza.
CPUG:	<i>Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada</i> . Granada.
EAE:	<i>Excavaciones Arqueológicas en España</i> . Madrid.
IMCGEA:	<i>Informes y Memorias de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas</i> . Madrid.
MM:	<i>Madrider Mitteilungen</i> . Heidelberg.
NAH:	<i>Noticario Arqueológico Hispánico</i> . Madrid.
RICUS (Geog. e H.):	<i>Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria (Geografía e Historia)</i> . Soria.
RUC:	<i>Revista de la Universidad Complutense</i> . Madrid.

## INDICE

### PREHISTORIA

#### PONENCIAS

LUIS BENITO DEL REY: <i>El Paleolítico inferior en la provincia de Zamora</i> .....	11
GERMÁN DELIBES DE CASTRO, JESÚS DEL VAL RECIO: <i>Prehistoria reciente zamorana: del Megalitismo al Bronce</i> .....	53
ANGEL ESPARZA ARROYO: <i>La Edad del Hierro en Zamora</i> .....	101
JORGE JUAN FERNÁNDEZ, HORTENSIA LARRÉN: <i>Historia de la investigación arqueológica en la provincia de Zamora. Situación actual</i> .....	127

#### COMUNICACIONES

JOSÉ IGNACIO MARTÍN BENITO: <i>El achelense en los valles norteños del Duero zamorano</i> ..	155
ANGEL PALOMINO LÁZARO: <i>Nuevas aportaciones al conocimiento del fenómeno megalítico en la provincia de Zamora</i> .....	173
J. A. RODRÍGUEZ MARCOS, J. DEL VAL RECIO: <i>Nuevos datos para la interpretación de los «Hoyos» Cogotas I. Un silo de Barcial de Barco</i> .....	201
CONSUELO ESCRIBANO VELASCO: <i>Contribución al estudio de la Edad del Hierro en el noroeste de Zamora: «El Castillo», Manzanal de Abajo</i> .....	211
JULIÁN SANTOS VILLASEÑOR: <i>Un yacimiento de la Primera Edad del Hierro, con cerámicas pintadas, en La Aldehuela (Zamora)</i> .....	225
JORGE SANTIAGO PARDO: <i>Un nuevo castro con acumulación de defensas en el Noroeste zamorano: Sejas de Sanabria</i> .....	241
ARTURO BALADO, ZOA ESCUDERO: <i>Piezas sobre asta de época celtibérica en la provincia de Zamora</i> .....	247
FRANCISCO JAVIER SANZ GARCÍA, JULIÁN SANTOS VILLASEÑOR: <i>Cajas celtibéricas de la provincia de Zamora</i> .....	255

## HISTORIA ANTIGUA

### PONENCIAS

ANTONINO GONZÁLEZ BLANCO: <i>La cristianización de Zamora</i> .....	267
JOSÉ MARÍA SOLANA SAINZ: <i>Caucenses, amallobrigenses y sus primeros contactos con los romanos</i> .....	301
LUIS CABALLERO ZOREDA: <i>Una conjetura sobre la iglesia visigoda de San Pedro de la Nave (prov. de Zamora)</i> .....	317

### COLABORACIONES

J. M. BLÁZQUEZ: <i>Mosaicos romanos de Zamora. Sta. Cristina de la Polvorosa. Los Talleres. Gusto artístico</i> .....	359
PABLO C. DÍAZ MARTÍNEZ: <i>El territorio de la actual provincia de Zamora en el contexto de la antigüedad tardía (siglos IV-VI)</i> .....	369
JOSÉ MARÍA BRAGADO TORANZO: <i>Aproximación al estudio de la red viaria romana en la provincia de Zamora</i> .....	379

### COMUNICACIONES

JAIME DIEZ ASENSIO: <i>Problemática en torno a toponimia prerromana en la provincia de Zamora</i> .....	411
MANUEL SALINAS DE FRÍAS: <i>El colectivismo agrario de los vacceos: Una revisión crítica</i> ....	429
AURORA M. GONZÁLEZ-COBOS DÁVILA: <i>Consideraciones en torno a la economía vaccea. Evolución de la misma</i> .....	437
M.ª DEL ROSARIO PÉREZ CENTENO: <i>El poblamiento romano en Zamora durante el siglo III d.C.</i> .....	445
LUIS A. GARCÍA MORENO: <i>Zamora del dominio imperial romano al visigodo. Cuestiones de Historia militar y geopolítica</i> .....	455
JESÚS CELIS SÁNCHEZ: <i>Apuntes para el estudio de la secuencia ocupacional de «La dehesa de Morales», Fuentes de Ropel, Zamora</i> .....	467
CARMEN GONZÁLEZ SERRANO: <i>Avance de la excavación realizada en el «Pago del Alba». Villalazán (Zamora)</i> .....	497
SANTIAGO CARRETERO VAQUERO: <i>Dos necrópolis tardorromanas en la provincia de Zamora: «Las Cañamonas» y San Miguel del Valle</i> .....	515
VIDAL AGUADO SEISDEDOS: <i>Comentarios sobre la red viaria zamorana en la región de Benavente</i> .....	525
JOSÉ A. ABÁSULO: <i>Comentario a la lectura del miliario de Milles de la Polvorosa</i> .....	539
J. A. ABÁSULO, R. GARCÍA ROZAS: <i>Sobre las estelas zamoranas y su ornamentación</i> .....	545
M.ª CRISTINA LIÓN BUSTILLO: <i>Aspectos decorativos y onomásticos de las estelas funerarias del occidente de Zamora</i> .....	561
ALEJANDRO BERMÚDEZ MEDEL, LUIS CARLOS JUAN TOVAR: <i>Talleres cerámicos de época romana en la provincia de Zamora</i> .....	571
ROSA GIMENO GARCÍA LOMAS: <i>El alfar romano de Melgar de Tera</i> .....	587

DAVID PRADALES CIPRÉS: <i>Nuevos datos para el comercio de los alfares riojanos de época romana en la provincia de Zamora</i> .....	611
JOSÉ RAMÓN LÓPEZ RODRÍGUEZ, FERNANDO REGUERAS GRANDE: <i>Sigillatas en relieve y estampadas de Villanueva de Azoague (Zamora)</i> .....	623
R. GARCÍA ROZAS: <i>Dos cabezas de época romana en el Museo de Zamora</i> .....	629
FERNANDO REGUERAS GRANDE: <i>Los mosaicos de la villa romana de Requejo (Santa Cristina de la Polvorosa)</i> .....	637
FERNANDO REGUERAS GRANDE: <i>Restos de pinturas romanas en la provincia de Zamora</i> ...	697
LUIS SAGREDO, ALBERTO CAMPANO: <i>Tesorillo alto-imperial de la zona de Sanabria</i> .....	721
CARLOS SANZ MÍNGUEZ, ALBERTO CAMPANO LORENZO, J. ANTONIO RODRÍGUEZ MARCOS: <i>Nuevos datos sobre la dispersión de la variscita en la Meseta Norte: Las explotaciones de época romana</i> .....	747

#### APÉNDICE

Figuras de los artículos de Fernando Regueras Grande, referentes a los mosaicos de la villa romana de Requejo (Santa Cristina de la Polvorosa), y los restos de pinturas romanas en la provincia de Zamora.

ACTAS

ACTAS

ACTAS

INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS  
"FLORIAN DE OCAMPO"  
CSIC  
DIPUTACION DE ZAMORA